

EL PRESIDENTE ELECTO SARMIENTO EN BUENOS AIRES, TESTIMONIOS DEL PERIODISMO PORTEÑO DE 1868

“Nada tengo que desear, que yo seré siempre el mismo”. SARMIENTO. 28-VIII-1868.

La elección presidencial de Sarmiento presentó características singulares. Ausente del país el candidato —era ministro plenipotenciario en los Estados Unidos— e imposibilitado por lo mismo de dirigir y afrontar personalmente la campaña electoral; las sucesivas intrigas que tendieron a desplazar su nombre de la fórmula proclamada o relegarle al segundo término de la misma; la presión ejercida por caudillos y dirigentes de la política nacional y de las situaciones provinciales, tanto los del llano como los del gobierno, para evitar su triunfo; y la amenaza siempre latente de un nuevo estallido de guerra civil en algunas regiones del interior; configuraron un panorama harto complejo.

A mediados del año 1867 se lanzó en diarios de Cuyo, Tucumán y Buenos Aires la candidatura de Sarmiento a la primera magistratura del país. De ahí en adelante se echaron a rodar en su oposición toda clase de argumentaciones y obstáculos.¹ Escindido el partido Liberal, quienes apoyaron su postulación, jóvenes en su gran mayoría, se agruparon e hicieron

¹ El destacado periodista Cosme Mariño, entre otros, salió con la responsabilidad de su firma al encuentro de una especie maliciosa muy difundida. “Se nos dice: Sarmiento es un loco, un maniático. Loco no creemos que sea, maniático sí. Pero yo pregunto: ¿Cuál es aquel hombre de una inteligencia profunda que no tenga sus manías? Aún más: probaré que las manías de Sarmiento son grandemente provechosas para el país... Las manías de Sarmiento se fundan en *algo sólido y provechoso*: se basan en la experiencia y el estudio de cuarenta años. Su primer manía es fundar escuelas. Y no se dirá que esto no es la aspiración del pueblo, si es cierto que la prensa es el representante legítimo de sus aspiraciones... La segunda manía es cruzar nuestros campos, nuestras provincias de-

fuertes en algunos clubes políticos y diarios —también muchos oficiales del ejército en campaña contra el Paraguay y los universitarios de Buenos Aires y de Córdoba se adhirieron públicamente a su nombre— no se arredraron ante los riesgos ciertos e insinuados. Se mantuvieron con firmeza frente a los embates de los otros dos grandes sectores políticos que prohijaban las candidaturas presidenciales de Rufino de Elizalde y de Justo José de Urquiza, y aún ante las maniobras desconcertantes de su propio compañero de fórmula, Adolfo Alsina. A pesar del llamado “testamento político” del presidente Mitre, en el que proclamaba su prescindencia en la contienda electoral, se formularon imputaciones en el sentido de que favorecía a Elizalde, su ministro de Relaciones Exteriores.²

El domingo 12 de abril de 1868 se celebraron las elecciones primarias en todo el país. Se acentuó entonces la impaciencia pública. Exactamente dos meses después, el 12 de junio, se reunieron los Colegios Electorales de todas las provincias, excepto Corrientes, conmovida por una revolución local. El primer resultado conocido en Buenos Aires correspondió, desde luego, a esta provincia, significando una abrumadora victoria de la fórmula Sarmiento-Alsina. Poco a poco se iban recibiendo los cómputos de los electores del resto del país, que si bien daban holgada ventaja a esa fórmula, parecería no alcanzar la mayoría absoluta exigida por la Constitución. Esto brió ancho margen para todo género de especulaciones, maniobras y componendas políticas tendientes a asegurar en el Congreso —si a éste correspondiera arbitrar la elección— la consagración de ciertos nombres para el Poder Ejecutivo como resultado de transacciones y desplazamientos de fórmulas y candidatos. La expectativa alcanzó los límites de la ansiedad. La opinión pública, a través del periodismo, alimentaba enconadas polémicas que, por sus probables derivaciones, hizo temer por la estabilidad institucional del país y acaso por un retorno a la disolución de la República, tan trabajosamente arquitecturada.³ La confusa situación hizo necesario el 15 de agosto —un día antes de

siertas, por ferrocarriles, dándole así un vuelo incomparable a nuestro comercio estancado y borrando las rivalidades de provincias por medio de los intereses comunes y estrechos vínculos que se contraen, llevando de este modo a cabo la unidad argentina, único medio de hacerla práctica”. Cfr. *La Patria*, Buenos Aires, 14 de junio de 1868.

² Una reciente publicación documental prueba que si bien las simpatías de Mitre se inclinaban por Elizalde, dejó con cautela obrar a los acontecimientos, sin poner en juego a favor de ese candidato el prestigio de su investidura. Cfr. *Correspondencia Mitre - Elizalde*. Documentos para la historia argentina. Ed. Departamento Editorial de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1960, pp. 424-426.

³ El proceso electoral de la candidatura de Sarmiento ha sido estudiada con detenimiento por ALBERTO PALCOS: *Sarmiento. La vida, la obra, las ideas, el genio*, tercera edición, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, pp. 164-175.

la fecha señalada para la reunión de la Asamblea Legislativa— la sanción de una ley especial, la N^o 240 1/2, para reglamentar el escrutinio de la elección presidencial por el Congreso.

El 16 de agosto el Congreso, en Asamblea, con la presidencia de Valentín Alsina, hizo el cómputo de las actas electorales de doce provincias.⁴ Contra lo previsible la sesión se desarrolló ordenadamente. Después de anunciarse el resultado del escrutinio definitivo, que otorgó una mayoría de 79 votos a Sarmiento para presidente, y de 82 votos a Alsina para vicepresidente, don Valentín Alsina proclamó solemnemente al nuevo primer mandatario.⁵ Lágrimas de emoción le impidieron hacer otro tanto con su hijo, quien fue consagrado por el vicepresidente segundo del Senado, don Angel Elías. El proceso electoral había concluido. La consiguiente situación de alivio que el hecho aparejaba se reflejó en el editorial correspondiente al 18 de agosto de *La Patria*,⁶ diario partidario de Sarmiento surgido expresamente para sostener su candidatura: “Es indudable que hoy se respira en Buenos Aires una atmósfera completamente distinta a la de ahora dos días, en las regiones políticas.

“Una situación definida es siempre preferible a una situación dudosa, que siempre aparece preñada de dificultades que se pueden presentar más o menos alarmantes a los ojos de los pueblos. . .

“La elección de Sarmiento, cuyo escrutinio hizo el Congreso el domingo, ha despejado el horizonte completamente.

“Es un hecho que rodea con una aureola de gloria al eminente ciudadano que lo logró a tres mil leguas del lugar de la lucha, sin más apoyo que el empuje potente de la opinión pública, que es irresistible aunque no quieran verlo los apolo-gistas de los gobiernos llamados fuertes y de los poderes personales”.

El mismo día *La Nación Argentina*⁷, que había apoyado a Elizalde, expresó su opinión “sin odios ni entusiasmos por el

⁴ Faltaban dos provincias. No se reunió el Colegio Electoral en la provincia de Corrientes por la situación revolucionaria a que ya aludimos; y el acta correspondiente a Córdoba, para esa fecha aún no había llegado a Buenos Aires, por lo que no se tomó en cuenta el voto de sus electores.

⁵ Los restantes resultados arrojaron estas cifras. Para presidente: Urquiza, 26 votos; Elizalde, 22; Guillermo Rawson, 3; Dalmacio Vélez Sársfield, 1. Para vicepresidente: Wenceslao Paunero, 45 votos; Manuel Ocampo, 2; Juan B. Alberdi, 1; y Francisco de las Carreras, 1.

⁶ *La Patria*. Director: Carlos A. Mansilla; redactores: Aristóbulo del Valle, Eduardo Wilde, Baltazar Moreno, Federico S. Terrada, Cosme Mariño, etc. Era el órgano de opinión de la juventud liberal sin compromisos con los partidos tradicionales. Muchas veces se atribuyó la redacción de este diario al comandante Lucio V. Mansilla, hermano del director, y uno de los más activos inspiradores y dirigentes de la campaña electoral que consagró presidente a Sarmiento.

⁷ [*La Nación Argentina*]. Propietario y redactor principal: José María Gutiérrez; Redactores: Rufino de Elizalde, Eduardo Costa, Pantaleón Huergo, etc. Algunos artículos de esta época se atribuyeron al presidente Mitre, antiguo colaborador del diario, al que se reincorporaría después de dejar el mando.

gobierno que se eleva”. Aclaraba que “la candidatura del señor Sarmiento no ha sido jamás para nosotros una candidatura *enemiga*”. Si se opusieron a ella no fue por su significación política, pues Sarmiento es “honrado y patriota, lleno de inteligencia y servicios, que surge de las filas del partido Liberal. . . , sino porque creíamos y creemos que le faltan las calidades indispensables para dirigir la política de nuestro país desde el alto puesto a que ha sido elevado”. Y añadía, para quitar dudas: “Cesa pues por nuestra parte la cuestión de candidatos. Ya no hay candidatos. El señor Sarmiento será para nosotros el futuro presidente de la República. La cuestión está terminada”.

También el 18 de agosto manifestó su opinión el órgano urquicista *El Pueblo Argentino*.⁸ Aún conservaba el apasionado brío de la reciente campaña electoral. Sarmiento, dice, es una bandera de guerra interna y de guerra externa. Es “un peligro para nuestro porvenir”, de ahí el recelo de la desconfianza con que los pueblos aceptarán su gestión. El comentario concluye no obstante con esta frase: “La situación es de expectativa”.

El 19 de agosto dio a conocer su punto de vista sobre el hecho ya irreversible el diario *La República*, independiente, pues se había opuesto tanto a Sarmiento como a Elizalde.⁹ “La lucha eleccionaria ha terminado. El tiempo de discutir los candidatos pasó ya. Es en otra cosa que debemos ocuparnos. En ilustrar a los nuevos mandatarios sobre los verdaderos intereses del país, en alentarlos para que emprendan las mejoras que necesitamos, y en prestarles cooperación eficaz para que las lleven a cabo; porque es así cómo el gobierno representativo puede proporcionarnos los beneficios que de él esperamos. . . . Se confía pues que el futuro presidente enmendará los errores de la actual administración. Pero para ello es menester que todos le apoyemos, aun cuando no haya sido nuestro candidato”.

Si bien Buenos Aires contaba con numerosos otros órganos de prensa, las opiniones transcritas son típicas en cuanto a las distintas reacciones inmediatas que produjo en el periodismo la consagración presidencial de Sarmiento.¹⁰

⁸ *El Pueblo Argentino*. Director y editor: Eleuterio C. Mejías; Redactores principales: Isaac de Tezanos y Olegario V. Andrade. Era la continuación del vespertino *El Pueblo*, que cesó el 24 de julio de 1868. Al reanudar sus ediciones cuatro días después con el nombre antes citado —convertido en matutino—, se agregó Andrade como redactor.

⁹ *La República*. Director y editor responsable: José F. Aldao; Redactores principales: Carlos J. Paz y Florentino González. El 4 de julio de 1868 se había separado de este diario Manuel Bilbao, su fundador y redactor en jefe, quien volvió a hacerse cargo de su puesto el 17 de noviembre del mismo año.

¹⁰ Para este estudio hemos prescindido solamente de los órganos de la prensa extranjera editada en Buenos Aires: *The Standard*, *La España*, *Il Pungolo*, *Le Courrier de La Plata* y *Deutsche La Plata Zeitung*.

Ya serenados los ánimos, algunos diarios analizaron el sentido y trascendencia del proceso electoral cumplido.

La Patria, en un artículo intitulado *El triunfo de Sarmiento. Grandes horizontes*, sostenía el 29 de agosto que el vencedor nada debía a Urquiza ni a Mitre. Al contrario, había triunfado contra los manejos de ambos. “Frente a las influencias personales del general Urquiza y los medios oficiales del general Mitre ha estado el pueblo y como el pueblo ha querido por primera vez confiar en sí mismo y hacer uso de su derecho, ha triunfado”. Más adelante formula el diario estas notables consideraciones que transcribimos textualmente:

“Desde el golfo de México hasta Patagones, el pueblo no había luchado jamás con éxito feliz contra los caudillos y los poderes oficiales.

“La educación colonial y el vigor con que el hecho persistían, habían arraigado en el pueblo la triste convicción de que era impotente al lado de la autoridad.

“Y como autoridad había sido para él todo lo que tenía fuerza, se llamase caudillo, presidente, dictador o gobernador, bastaba que cualesquiera de éstos se presentara en la arena para que, dudando de su vitalidad, de su justicia y de su derecho, se creyese de antemano vencido.

“Abandonar el campo era su primer inspiración; y entregarse, el consejo de los pusilánimes.

“Si alguna vez intentó resistir fue vencido; dondequiera que pretendió hacerse fuerte, lo fusilaron o lo degollaron.

“Con la educación del servilismo y tan duras y severas lecciones, la reacción tenía que ser lenta, y en efecto lo ha sido.

“Pero ha reaccionado al fin, y es una de las grandes glorias de Sarmiento, que su nombre haya servido de bandera a este movimiento popular que, sean cuales fueren los defectos y los vicios del pueblo argentino, las exageraciones del partido que lo ha dirigido, tiene todos los caracteres de una revolución.

“La revolución consiste en haberle revelado al pueblo que aunando sus fuerzas es más fuerte y poderoso que la autoridad.

“Los que vivían impresionados con los espectáculos del pasado, con el hecho de la derrota siempre que se atrevieron a luchar contra la autoridad, no vuelven de su sorpresa, y esto es sólo comparable al desengaño que han sufrido los caudillos y los poderes oficiales.

“... Tenemos confianza en el reformador, en su inspiración generosa y estamos esperanzados en que él tentará lo que nadie ha tentado hasta ahora, comprendiendo que una revolución que se detiene está siempre destinada a perecer. Las re-

voluciones para que sean fecundas, deben moverse como la rueda de Ixión, hasta el fin. El fin de una revolución es la victoria de sus dogmas.

“El dogma que con Sarmiento ha triunfado es el de la SOBERANÍA POPULAR.

“Sarmiento tiene que atreverse a llevarlo hasta sus últimas consecuencias, hasta hacer prácticas la justicia y la libertad. Si esto no se consigue, habremos ganado una batalla pero la campaña del porvenir no quedará sino iniciada”.¹¹

*La Tribuna*¹², a su turno, expresó el 4 de setiembre que “el nombramiento de un maestro de escuela para desempeñar la presidencia de la República, es un acontecimiento fabuloso en la América española”. Tras aludir a la ingrata situación de los maestros en la época colonial, asienta que la tarea actual es civilizar al país. Y como hay que ir a la obra “el primer paso está dado con la elección del maestro que va a convertir a la República en una gran Escuela”.

Mientras tanto Sarmiento, ajeno por completo a los debates e intrigas que apasionaban al país, regresaba a su patria a bordo del vapor *Merrimac*. Había partido desde Nueva York el 23 de julio, y el día de su elección navegaba ya por aguas brasileñas. La incertidumbre, con sus temores y esperanzas, concentraba los pensamientos del veterano luchador. Los barcos que se cruzaban con el *Merrimac* iban proporcionando escuetos datos sobre la marcha extraoficial del escrutinio de electores. El 10 de agosto un vapor le informó de que se daba como un hecho su nombramiento. Y esta noticia le arranca a Sarmiento unas páginas conmovedoras en su diario de viaje, precioso testimonio revelador de su exuberante personalidad.¹³ Evoca, en párrafos entremezclados de júbilo, ternura y nostalgia, al “árbol de sus afecciones”, y en primer lugar a sus muer-

¹¹ El 15 de setiembre el mismo diario confesó que Sarmiento había dudado de su triunfo hasta que le llegó la noticia oficial en Montevideo. Después de enumerar circunstanciadamente los factores que jugaron en contra de su candidatura, escribe: “La historia de la República, la historia de toda la América del Sud, le decía que jamás el pueblo había vencido en las luchas electorales a los gobernantes coaligados con los caudillos, al poder, a la intriga y al despotismo combinados... Sarmiento dudaba porque a tres mil leguas de su patria no había podido observar la revolución que se operaba en sus conciudadanos, que cansados del tutelaje de los gobiernos y de los mandones, estaban dispuestos a luchar y resolver el problema de su libertad, decantada en la Constitución, en los discursos, en las memorias y en los manifiestos ministeriales, pero ilusoria en la práctica”.

¹² *La Tribuna*. Este diario estaba redactado por Héctor Florencio Varela (Orión), y sus hermanos Rufino, Luis y Mariano Varela.

¹³ El diario de viaje, escrito a lápiz e ilustrado con curiosos dibujos, se conserva en el Museo Histórico Sarmiento. Su contenido está transcrito en D. F. SARMIENTO: *Obras*. Publicadas bajo los auspicios del gobierno argentino, t. XLIX, *Memorias*. Imprenta y Litografía Mariano Moreno, Buenos Aires, 1900, pp. 286-333.

tos queridos, a aquellos que no podrán gozar con su triunfo: su madre, sus amigos fieles, su Dominguito, “todos míos, sin egoísmos, míos por el corazón”. El 17 de agosto fue saludado presidente con veintiún cañonazos, frente a Bahía, por una fragata de guerra norteamericana. En Río de Janeiro, cumplido un mes de su viaje, trasborda al paquete francés *Aunis*; y casi en seguida se repite la escena del saludo de ordenanza por otro buque de guerra de los Estados Unidos. Pero Sarmiento no se rendía aún ante esas evidencias. La sombra de la duda sólo se desvanecería ante aseveraciones concluyentes. Y esto ocurrió casi al término de su travesía. Al llegar a Montevideo, el 28 de agosto, al amanecer, le saludan —son sus palabras— “presidente electo, escrutado, aprobado y debidamente proclamado”.¹⁴

Al día siguiente y con las primeras luces del alba, vislumbrando ya las costas de Buenos Aires, estampa el último párrafo en su cuaderno de viaje: “A la patria y al porvenir: ¡Salud!”.

Era el sábado 29 de agosto. El paquete *Aunis* echó anclas en la rada a las ocho de una mañana puntualmente invernal. Los buques de las estaciones navales enarbolaron sus banderas y dispararon cañonazos de bienvenida. Se congregó a lo largo de las tres cuerdas del muelle un público inmenso “lleno de entusiasmo y curiosidad”. Poco después salía al encuentro del *Aunis* para recibir a Sarmiento, la embanderada falúa de la capitanía del puerto, llevando a su bordo a los coroneles Peña y Somellera, edecán del presidente Mitre y capitán general del puerto, respectivamente. Luego de los saludos de práctica Sarmiento trasbordó a la falúa y ésta retornó al desembarcadero minutos antes de las nueve. En seguida se vio ascender al presidente electo por la escalerilla central del muelle, al tiempo que la banda de música del Batallón Provincial ejecutaba el Himno Nacional, cuyas notas se mezclaban con los vivas y aclamaciones del pueblo. Le presentó entonces sus saludos el coronel Escola, edecán del gobernador de la provincia de Buenos Aires. Casi sin transición se confundió Sarmiento en efusivos abrazos con sus amigos más allegados que le aguardaban: Dalmacio Vélez Sársfield, Manuel Ocampo, Mateo J. Martínez, Lucio V. Mansilla, Héctor F. Varela, Antonio González Moreno, Carlos Fórest, y muchísimos otros. Sarmiento fue objeto en

¹⁴ Los amigos de Sarmiento le escribieron desde la capital argentina rogándole se demorase unos días en Montevideo a fin de preparar lo necesario para una recepción adecuada a su rango. No accedió a esa solicitud y prosiguió de inmediato viaje hacia Buenos Aires para presentarse aquí “como uno de tantos viajeros que llegan a estas playas hospitalarias”, al decir de un diario porteño.

esos instantes —dice una crónica de la época— de la ovación más conmovedora. Quienes le vieron de cerca observaron que “volvía algo más viejo” y que desembarcó con la sencillez de un inmigrante. Traía un sombrero chico de viaje, llevando en la mano izquierda un paraguas, y en el brazo un saco de noche.

La comitiva emprendió la marcha hacia la cabecera del muelle pero a cada paso el pueblo le detenía, ansioso de estrecharle la mano. “Nunca otro hombre tuvo en medio de nuestro pueblo una muestra más elocuente de simpatía y de admiración”. Estrujado y oprimido por el público que le rodeaba, llegó al Paseo de Julio, donde le aguardaba el carruaje del Gobierno nacional. Invitado a servirse de él por el edecán presidencial, aceptó Sarmiento, pero al ir a subir el pueblo gritó “¡a pie!”, significando así su deseo de que quería marchar con él acompañándole. Sarmiento accedió “porque en estos casos como en tantos otros el pueblo es soberano”, decía un diario al relatar estos pormenores. Así llegó por el Paseo de Julio, precedido siempre por la banda de música, hasta la altura de la calle Rivadavia, por la que dobló en dirección a la Plaza de la Victoria, atravesándola, para proseguir por la calle Victoria. Por doquier recibía entusiastas aplausos de las gentes congregadas en calles y aceras. No desperdiciaba la ocasión de comentar con sus más cercanos acompañantes las innovaciones edilicias que iba observando, como los nuevos edificios erigidos y el frontis de la Catedral. Siempre aclamado por la entusiasta multitud, y seguido por una comitiva que engrosaba a cada paso, Sarmiento cruzó la calle Bolívar. En esos instantes se lanzó una lluvia de cohetes y de bombas de estruendo desde las vecinas imprentas de *La Tribuna* y de *El Nacional*, como saludo de estos diarios que le apoyaron en la reciente contienda electoral.

Sarmiento, siguiendo por la calle Victoria, manifestó deseos de pasar por el Departamento de Escuelas, del que fuera titular durante varios años. La columna tomó entonces esa dirección y dobló por Perú. Al enfrentar a la Universidad fue vitoreado por unos doscientos estudiantes reunidos en la acera. Unos pasos más allá estaba el Departamento de Escuelas, cuyo edificio fue mandado a construir por él, y desde donde prorumpieron en nuevas exteriorizaciones de entusiasmo y cariño. Sarmiento, visiblemente conmovido, respondió quitándose el sombrero, “como quien se inclina ante el objeto de su culto amado”.

Momentos después se hallaba en la puerta de la casa que le habían preparado, en la calle Belgrano 105, que fuera residencia del extinto vicepresidente Marcos Paz. Detúvose en ella

y dirigiéndose al pueblo congregado a lo largo de dos cuadras, improvisó las siguientes palabras:

La distinción de que soy objeto, unida al honor que he merecido de los pueblos, es como para satisfacer la más legítima ambición de la tierra.

La agradezco.

Cuento con el concurso de todos los hombres sensatos y si todavía nos están reservados días de prueba, abrigo la esperanza de superarlos con felicidad porque la alegría que está pintada en el rostro de los que me rodean, me augura que no me faltarán el concurso del pueblo y de la opinión.

Saludo en vosotros al noble pueblo de Buenos Aires y a todo el de la República, nuestra madre común.¹⁵

Entró en seguida a su casa habitación, prácticamente empujado por la oleada popular que la invadía. Rodeado de personas conocidas recibía saludos y apretones de manos de gente anónimas para él.¹⁶ Durante muchas horas atendió visitas que casi no le daban tregua, mientras llegaban tarjetas, cartas de felicitación y “flores y flores, que es como las damas de Buenos Aires saludan a sus huéspedes queridos y estimados”. Apenas pudo eludir el asedio, por un rato, se dirigió a la casa del presidente Mitre para presentarle sus saludos.¹⁷

Por la noche tuvo lugar la manifestación organizada conjuntamente por los tres diarios adictos a Sarmiento, *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Patria*, haciéndose presente un inmenso gentío frente a la casa del presidente electo. Éste acogió a todo el mundo “con democrática cordialidad” y contestó durante el acto a varios discursos que le fueron dirigidos por distintos oradores, entre ellos Héctor F. Varela y Aristóbulo del Valle. Éste último habló a petición de los estudiantes del Colegio Nacional y de la Universidad. La concurrencia se retiró a las ocho y media, dando vivas a Sarmiento. Una parte del pú-

¹⁵ Esta breve alocución fue recogida por el diario *La Patria* en su edición del 30 de agosto de 1868.

¹⁶ Entre quienes se hicieron presentes para saludarle, se notó a un individuo con aire franco y abierto que dirigióse a Sarmiento, dándole la mano como si tuviera la confianza de una larga relación. Con llamativo acento andaluz se explicó así: “Soy el alcalde del barrio que lo vengo a *saluá*. Dios lo ilumine *pa* que nos dé lo que el pueblo *quie*, que es *pa*”. Sarmiento, ante esta espontánea manifestación de los sentimientos del pueblo, contestó: “El pueblo tendrá lo que desea si me ayuda”. Esta anécdota también se publicó en *La Patria*, 30 de agosto de 1868.

¹⁷ Entre los partidarios de Sarmiento se comentó la falta de cortesía demostrada por las autoridades nacionales en el acto de la recepción del futuro presidente pues los honores del gobierno se redujeron al envío de un carruaje y de un edecán. Es posible que por este motivo se diera una curiosa interpretación a la primera visita de Sarmiento a Mitre en su casa particular de San Martín 124. Se aseguraba que al entrar Sarmiento dijo en tono de broma: “Esta visita no es para usted, general, sino para la señora, a quien debo muchas distinciones con motivo de la muerte de mi hijo Domingo”.

dirigióse luego a la casa del vicepresidente electo Alsina para felicitarlo también a él por su elección.¹⁸

Resumiendo la jornada vivida decía *El Nacional* que Sarmiento “debe y puede estar orgulloso con el recibimiento que el pueblo porteño le ha hecho. Nada más merecido tampoco.”¹⁹

En la mañana siguiente “tuvo lugar un espectáculo nuevo en nuestro país”. A las diez se reunieron en la Plaza de la Victoria los alumnos de ambos sexos de las escuelas públicas y particulares de Buenos Aires, encabezados por sus respectivos maestros. Los niños, con sus vestidos de gala, portaban ramilletes de flores y coronas. Hora y media después partieron en manifestación los colegios, cada uno con su bandera, y precedidos por la escuela de música, dirigieronse al domicilio de Sarmiento, a quien iban a saludar como antiguo jefe del Departamento de Escuelas consagrado ahora presidente de la Nación. Durante el tránsito de los escolares y preceptores se agregó una gran concurrencia de público. Al llegar a la casa de Sarmiento, las escuelas formaron dos alas, penetrando en el recinto de aquella, la de música, acompañada por todos los docentes. Una vez dentro, los niños cantaron el Himno Nacional. Sarmiento escuchó y aplaudió con visible emoción. En seguida habló el decano de los preceptores, don Macedonio Díaz, quien en nombre de sus compañeros felicitó a Sarmiento por el gran honor de que había sido objeto. Le siguió en el uso de la palabra don Pastor S. Obligado, ex gobernador de Buenos Aires, quien recordó haber sido opositor declarado al candidato ahora triunfante. Le presentó a “la generación que dejasteis en la cuna” hace siete años. La patria —significó más adelante— está como entonces, en perpetuo campamento. “Encontráis cien mil argentinos menos, cincuenta batallas más por la civilización y una tumba prematuramente abierta cerca de vuestro corazón”. En medio de la expectativa general respondió Sarmiento con un “bellísimo y aplaudido discurso” dirigido a los maestros. Estaba todavía, él mismo lo confesó, bajo la impresión de emociones demasiado fuertes.

¹⁸ La crónica de la llegada de Sarmiento a Buenos Aires la hemos realizado en base a las informaciones proporcionadas por los *La Tribuna*, *El Nacional* y *La Patria*.

¹⁹ *El Nacional* tenía motivos especiales para hacer público su saludo de bienvenida la misma tarde de la llegada de Sarmiento. “El viejo *Nacional* lleno hoy de orgullo y de placer, saluda y felicita a su viejo amigo Sarmiento, a su redactor de una larga y difícil época, por su arribo a la patria y por el grande éxito que han tenido las ideas y principios que desde las columnas de este diario defendió el publicista y educacionista”. *El Nacional*, único diario vespertino de Buenos Aires, tenía como director y editor a Pedro P. Creuhet; redactores principales: Martín Piñero e Isaac P. Areco. Durante el ejercicio de la presidencia Sarmiento escribió muchos artículos para este órgano de prensa.

El pueblo de Buenos Aires me ha hecho ayer una manifestación que bastaría para enorgullecer a cualquier hombre en la tierra; sin embargo, esa manifestación puede hacerse a veinte personas más en Buenos Aires, en la República Argentina, en la América española, que la merecen más que yo. Pero la manifestación de los preceptores y los niños de las escuelas, no es igual. Ésta es puramente mía, ésta no la cedo a nadie; porque me pertenece exclusivamente, porque es el resultado de mi obra de treinta años.

Al principio de la lucha electoral que ha concluido, un diario de esta ciudad, combatiéndome decía: “¿Qué nos traerá Sarmiento de los Estados Unidos, si es electo presidente?” y él mismo se contestaba: “¡Escuelas! ¡Nada más que escuelas!” Un joven decía en una cuestión de votos “que los votantes de Buenos Aires no sabían escribir”.

Éstas son dos verdades, señores. Recuerdo estas palabras sin resentimiento.

Después de una experiencia de treinta años, en que he estado en la prensa, en el destierro, en el poder, se me han dicho tantas cosas que tengo una cáscara de hierro sobre mi cuerpo. Ya no me hieren los ataques de mis adversarios. Yo también he sido escritor y algunos escritos míos han abierto hondas heridas... Cuando aquel diario decía que yo no traería de los Estados Unidos sino escuelas, decía la verdad...

Se dice que es necesario educar a los pueblos; pero los gobiernos contestan: *no me meto con el oso*.

Se dice que es necesario hacer del pobre gaucha un hombre útil a la sociedad, educándolo; y todos contestan: *yo no me meto con el oso*. Pero es necesario *¡meternos con el oso!* para que el pueblo argentino sea un verdadero pueblo democrático.

La ley dice que se persigan a los vagos. Pero, ¿cuáles son esos vagos? ¿Quiénes los han hecho vagos, sino los gobiernos que no los educan?

¿Por qué salen de la Universidad doctores que nada saben de escuelas, de pueblo, de democracia?

Y éste no es un mal peculiar a la República Argentina, sino de todas partes en la América. He recorrido toda la América y observado que en todas partes donde se habla nuestro idioma, el lenguaje de la prensa es el mismo, las revueltas y el desquicio universal.

Ya se puede comprender lo que entiende de *democracia* el que decía que lo vendrían a fastidiar con escuelas. Las escuelas son la democracia. Para ellos, que tienen la Universidad para que se eduquen gratis sus hijos, la tierra para solazarse, y el Gobierno, la escuela es para el vulgo, y entonces dicen: que allá se las compongan con el oso, que es la ignorancia, la pobreza y el vicio.

Para eso necesitamos hacer de toda la República una escuela. ¡Sí!, una escuela donde todos aprendan, donde todos se ilustren, y constituyan así un núcleo sólido que pueda sostener la verdadera democracia que hace la felicidad de las repúblicas.²⁰

Algunos diarios opositores formularon objeciones y críticas a ese acto desde la fecha misma en que se anunció su organiza-

²⁰ Este discurso, que extractamos en sus párrafos más salientes, está reproducido en D. F. SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, *Discursos populares*, primer volumen, pp. 243-248.

ción, pero no quedaron sin respuesta.²¹ El discurso de Sarmiento fue calificado por algún periódico como decepcionante. La arenga del futuro presidente —escribe *La Nación Argentina* el 2 de setiembre— “se reduce a hablar de él y muy favorablemente desde el principio al fin”. Y se interroga: “¿Es que ese tributo pierde su fuerza primitiva en las regiones de los hombres de Estado?”²²

Ese mismo día una delegación de vecinos y municipales de Chivilcoy se hicieron presentes en su casa para expresarle oficialmente sus felicitaciones en nombre de aquel pueblo provinciano “que tanta predilección y tantos progresos os deben”. Contestó Sarmiento con palabras alusivas, y aprovechó la ocasión para decir otras, en cumplida respuesta también.

Un diario de esta ciudad, haciéndome un crimen de algunas palabras mías, me llama Don Yo, porque hablando de hechos que me son personales los he citado.

Sí, señores. Si hay algún hombre que tenga derecho a eso que ellos llaman Don Yo, ese soy yo precisamente, que desde los más tiernos años de mi vida he trabajado solo y sin apoyo, hasta ver llegar un día en que este gran pueblo se convirtió también en Don Yo, nombrando presidente al que no tenía otro mérito a sus ojos que los pobres títulos que le dan su Don Yo, de que se me hace mi crimen...²³

Sin darse tregua seguía Sarmiento desarrollando intensa actividad. Por la tarde del mismo día 2 de setiembre, recibió la visita protocolar del arzobispo de Buenos Aires, Mariano José de Escalada y Bustillos Zeballos. Esta entrevista, que normalmente no hubiera llamado la atención, despertó alguna curiosidad. Y es que desde hacía tiempo, aseguró un diario, existía “un trabajo sórdido contra Sarmiento, tendiente a levantar

²¹ *La Nación Argentina* había dicho que la manifestación era “impropia de un pueblo democrático” ya que significaba “adulación y servilismo”. *La Patria* estimó poco felices estas expresiones y se preguntaba: “¿Pues hay acaso alguna fracción de la sociedad que con más títulos deba ser la primera en congratular al señor Sarmiento por su exaltación al poder, que la juventud a cuya educación ha consagrado sus talentos y su vida, con la inquebrantable constancia de un apóstol? ¿Ni quiénes con más derechos que sus antiguos colegas en el sacerdocio de la enseñanza, deben ser los primeros en dar la bienvenida al que siempre se honró de ser maestro de escuela y que como educacionista tiene conquistados más títulos al respeto y al aprecio de sus contemporáneos que ningún otro en la América del Sud?”. Más contundente y cáustico, *El Nacional* se limitó a contestar: “Los diarios opositoristas de Sarmiento ponen el grito en el cielo porque el pueblo ha recibido con júbilo y entusiasmo al futuro presidente. Si no hubiera habido tales distinciones lo mismo hubieran dicho: “Desahuguéense, colegas, eso es bueno para la salud. Comprendemos su despecho”.

²² *El Pueblo Argentino*, desafecto a Sarmiento, le elogió no obstante, por haber dicho que tenía una “cáscara de hierro”, frase que dio motivo a reiteradas burlas del diario de Gutiérrez. “Ya quisieran todos los presidentes poder decir otro tanto de sí mismos —manifestaba la hoja de Andrade—, y sólo por envidia puédesse criticar una figura que avanza con las tendencias del siglo y especialmente con el espíritu progresista de los yankees aplicado al arte de la guerra”.

²³ Cfr. *La Tribuna*, 3 de setiembre de 1868.

contra él el fanatismo y las preocupaciones religiosas.²⁴ Reiteraba lo consignado en un folleto de Lucio V. Mansilla distribuido durante la campaña electoral, de que Sarmiento era partidario de la tolerancia religiosa y que nunca había hecho apostasía de la religión de sus padres.²⁵

Sarmiento sostuvo en esos días varias conferencias con el presidente Mitre, una de ellas en su despacho de la Casa de Gobierno, que duró cerca de tres horas. Se habrá ido imponiendo así del estado de la administración y de los negocios públicos.

Superado poco a poco el trajín de las recepciones y saludos, que le absorbieron no pocas jornadas, pudo recién concentrarse en el estudio de la situación del país en sus diversos aspectos. Esto que era indispensable para el ejercicio de sus futuras responsabilidades —que asumiría el 12 de octubre— era más imperativo aún, si cabe, en un hombre ausente cuatro años del país y además alejado siete años de Buenos Aires.

A este respecto escribió *El Nacional* que a contar desde el día de la llegada de Sarmiento “le quedan cuarenta días de tiempo para conocer hombres y cosas en sus verdaderos detalles, valer e importancia, antes de tomar las riendas del gobierno y el timón de la nave” porque desde su alejamiento han ocurrido cambios notables en nuestra vida interna: “Hombres y cosas que han crecido; hombres y cosas que se han empequeñecido”.

La opinión pública, a través del periodismo, empezaba a exigir el programa de gobierno del futuro presidente. El diario de los hermanos Varela sostenía que “el nombre de Sarmiento es todo un programa” y que por lo tanto no tenía necesidad de formular ninguno. Respondióle *La Patria* que si Sarmiento candidato pudo limitarse a decir que su programa era “veinte

²⁴ En el interior y aprovechando de la beatería provinciana, sus adversarios se esforzaban en presentarle lisa y llanamente como hereje. Véase carta de José Posse a Sarmiento: Tucumán, 20 de setiembre de 1868, en *Epistolario entre Sarmiento y Posse*. Ed. Museo Histórico Sarmiento, t. I, Buenos Aires, 1946, p. 181.

²⁵ *La Nación Argentina*, desatada ya su violenta campaña contra el presidente electo, se hizo eco del rumor callejero de que el arzobispo fue recibido en forma irrespetuosa por Sarmiento, en zapatillas. “Los palaciegos andan siempre por los pies”, acotó sarcásticamente un diario adicto a Sarmiento. La versión circuló y no faltó alguien que le interrogara al arzobispo Escalada. *La Patria*, del 27 de setiembre de 1868, transcribe el diálogo que se habría desarrollado entre el curioso anónimo y el dignatario de la Iglesia: ¿Y fue cierto, monseñor, que Sarmiento lo recibió en zapatillas? Monseñor contestó con esa mansedumbre evangélica que le es peculiar y con la altura de un príncipe de la Iglesia: Cuando hablaba con el señor presidente no bajé mis ojos hasta sus pies. Desconcertado, el malévolo curioso insiste. ¿Y dicen que no se confiesa? Esto oyendo el dignísimo prelado, y con visibles muestras de una indignación contenida, repuso: ¿Y quién se atreve a hablarme así? ¿Tengo yo algo que hacer con la conciencia del señor presidente?”.

años de vida, hechos y escritos”, como estadista debía dar un programa explícito: “1), para quitar todo pretexto de oposición radical; 2), para evitar toda oposición fundada en la sospecha; y 3), para que los vencidos de buena voluntad puedan venir hacia nosotros”. Reconocía que si el triunfo de Sarmiento “significaba una revolución, la dificultad de formular un programa es hoy mayor que antes de librar la batalla; pero debe evitarse interrogantes y responder anticipadamente a ellos. Completaba su pensamiento el diario de Mansilla, poco después, diciendo que cuando afirmaba que todo el mundo tenía derecho a exigir un programa de gobierno al futuro presidente de la Nación, pensaba no solamente en Elizalde y su partido sino también en Urquiza y los suyos. *La Tribuna* y *El Nacional* insistían, no obstante, en que todos los antecedentes de Sarmiento hacían comprender cuál será su política.

Pero el silencio que guardaba éste inspiró temores a amigos y adversarios. Sus más fervorosos partidarios explicaban que no deben haber dudas. Sarmiento hablará en su oportunidad —decían— sobre las grandes cuestiones que interesan al país y esta oportunidad será cuando asuma el mando. “El silencio de Sarmiento, lejos de ser un mal augurio, nos anuncia un gobierno de obras y no de palabras”.

La polémica derivó de inmediato al terreno de las definiciones políticas. ¿Cuál será la orientación que imprimirá Sarmiento a su gobierno? ¿Será similar a la de Mitre? ¿O señalará la apertura de una nueva política?

El Nacional y *La Tribuna* sostuvieron que concluida la campaña electoral no habrían vencedores ni vencidos, y que por consiguiente debería tenderse a la fusión de los partidos. Con distinto tono les acompañaron en esa actitud conciliatoria casi todos los periódicos de Buenos Aires, inclusive, por supuesto, los que habían sido adversarios de su candidatura. *La Nación Argentina* —lo hemos visto ya— proclamó que el nuevo presidente nunca fue considerado como enemigo suyo y que por lo demás Sarmiento había salido de las filas de su partido. *Intereses Argentinos*, vocero de los católicos, aconsejaba también la fusión de todos los partidos en torno de Sarmiento.²⁶ El órgano urquicista, por su parte, atribuyó al presidente electo ciertas declaraciones contrarias a la política exclusivista y comentaba que si ellas son ciertas “puede el país abrigar un

²⁶ *Intereses Argentinos*. Editor: Carlos Casavalle, redactores principales: Carlos J. Alvarez y Aurelio Prado. Entre sus colaboradores habituales se encuentra Niccanor Larrain, quien se desempeñó durante breve tiempo como director de este diario. De la prensa argentina de Buenos Aires era el único “chico”, pues sus dimensiones se asemejaban al tabloide, en contraste con los otros periódicos que eran de gran formato, en escala creciente, hasta llegar a las llamadas “grandes sábanas” como *La Nación Argentina*”.

resto de esperanza”. *La República* se inclinaba también por la fusión y vaticinaba que pese a todo, antes de un año Sarmiento se unirá a Mitre y unidos marcharán crudos y antifusionistas.

En cambio *La Patria* reaccionó airadamente contra esa tendencia a la fusión, que en su concepto implicaba cuando menos un desvío si no claudicación de los propósitos que justificaron el apoyo a su candidatura. Se preguntaba si el triunfo de Sarmiento “significaba la victoria de un individuo sobre otro o sobre todos, y en este caso no vale el trabajo que se han tomado los pueblos en la lucha electoral; o significa el triunfo de cierto orden de ideas que la mayoría del pueblo argentino cree encarnadas en esa personalidad llamada Sarmiento”. Insistía el diario de Mansilla en su posición intransigente, diciendo que no hay antecedentes que autoricen a creer que Sarmiento hará un gobierno de fusión engendrando alguna creación híbrida. Hay vencedores y hay vencidos —insistía— y no cabe la colaboración de los partidos derrotados porque ello equivaldría a abjurar de una actitud independiente para concluir convertido el gobierno en instrumento de sus adversarios en la reciente brega. La palabra definitiva la dirá Sarmiento —puntualiza— ya que no hay término medio entre ambas encontradas tesis de sus propios partidarios.

El debate, particularmente entre *La Tribuna* y *La Patria*, prosiguió encendido durante varias semanas, en agosto y septiembre de 1868. El diario de los Varela, llevando adelante sus argumentaciones fusionistas, afirmó que el que va a iniciarse será una “continuación del gobierno del partido liberal, cuyo predominio vino con la batalla de Pavón”. *La Patria* respondió que en ese caso había que confesar que los esfuerzos desplegados en la campaña electoral fueron vanos porque justamente se quiso concluir con la política de Mitre; y en consecuencia, en tal sentido, no puede imaginarse que Sarmiento termine haciendo lo mismo que sus competidores. *La Tribuna*, en sucesivas ediciones, insistió en demostrar que entre Mitre y su sucesor no habían antagonismos políticos.

La polémica se complicó un tanto cuando se anunció que Urquiza estaba dispuesto a colaborar con Sarmiento y a volcar en su apoyo toda su influencia. *El Nacional* rechazó esa colaboración, lo cual dio motivo a que *El Pueblo Argentino* considerara ese gesto como una verdadera declaración de guerra a todo lo que no fuera originalmente partidario de Sarmiento. Es impolítico y perjudicial herir a los hombres influyentes de buena voluntad —expresaba el diario urquicista— porque así se hace imposible la paz interior. Moderando un poco el tono, en días posteriores *El Pueblo Argentino* expresó su confianza

de que Sarmiento no desperdiciaba la oportunidad que le brindaba el caudillo entrerriano, dejándose llevar por pasiones de círculo. Si el nuevo mandatario no se inclina ante esas perniciosas influencias “nos verá a su lado, pero desde ya declaramos que si no fuera así, dondequiera que nos encontremos, estaremos en contra de él”. Y estampa, al pasar, una no tan velada amenaza: si Sarmiento rechaza la conciliatoria conducta de Urquiza, él sabrá lo que hace. . . . Unos días después añade el mismo diario en otro editorial, desde Caseros el país fue gobernado por dos políticas. Urquiza gobernó con la nación, abandonando partidos y facciones; Mitre, en cambio, se alejó de ese programa, gobernando para un partido. Sarmiento deberá elegir —concluía *El Pueblo Argentino*— entre esas dos políticas. Y respondió *La Patria* categóricamente: no debe temerse que Sarmiento continúe la política de Mitre. “Sarmiento no gobernará como Mitre porque tiene que gobernar como Sarmiento”.

Es evidente que no iba a resultar fácil gobernar en un ambiente predispuesto a la lucha no solamente en el papel sino también en el campo de las armas. La guerra civil podía prender en cualquier momento. Mucho tacto, mucha abnegación y mucha firmeza requería un estadista en semejante clima para sobrellevar exitosamente las dificultades puestas en su camino, y lo que importa más, para concretar la obra de gobierno prometida y esperada. Desde distintos sectores y por diversos motivos se aguardaba la palabra definitiva del presidente electo. Pero Sarmiento creyó prudente dejar trascurrir el tiempo sin abrir juicios comprometedores que pudieran malograr su acción desde antes de asumir el gobierno. No teniendo como base de sustentación un partido propio no era imaginable otra actitud hasta que llegase la hora de las definiciones, después del 12 de octubre. Con cautela e imaginable interés observaba Sarmiento las sucesivas polémicas que se suscitaban entre los periódicos porteños, porque ellos le ilustraban acabadamente sobre los diversos y encontrados intereses en juego. Y esto era para él de suma importancia dados los siete años de ausencia vividos fuera de Buenos Aires, que le habían alejado de las disputas políticas de todos los partidos y dirigentes. Sin emplazar a nadie, sin arriesgar nada, iba estudiando el escenario de su futuro gobierno. Mientras sus amigos y sus adversarios mostraban sin embozo las cartas de juego, Sarmiento se limitaba por ahora a tomar nota y callar. Esta actitud, por supuesto, desconcertaba y hacía perder la calma a unos y a otros. No podía ser mayor la sorpresa de todos aquellos que conociendo el genio de Sarmiento, esperaban que desde su llegada a Buenos Aires, casi coincidentemente con el tormentoso día de

Santa Rosa —todo un presagio—, desencadenara también él vientos, agitara las aguas y rompiera vidrios. . . Pero no fue así. Guardó la reflexiva serenidad del estadista responsable. Ya vendría, a su hora, el tiempo de las realizaciones, porque a Sarmiento —como él mismo lo confesara— le preocupaban más las obras del gobierno que las frágiles componendas con los políticos.

En el llano se enfrentaban en anticipadas controversias, los sarmientistas con sus contendores de toda especie, y aún —como ya lo hemos visto— entre ellos mismos. Incluso se polemizó por esa autodenominación de “sarmientistas”. El diario hasta ahí oficialista *La Nación Argentina*, decía que los nombres propios no son nada en política ante los principios, y que el fanatismo de los partidarios de Sarmiento les hacía abrigar la idea de que es “el Mesías que viene por la mano de Dios para redimirnos de todos nuestros males”. Se le contestó, desde luego por intermedio de un diario sarmientista, mostrándose orgulloso de titularse así, porque está de acuerdo con sus ideas y porque ese hombre representa esas ideas que él encabeza. Los que a esas ideas sirven —agregaba— honrosamente proclaman su partido, como antes hubo urquicistas, elizaldistas, alsinistas, o en Italia mazzinistas y garibaldinos. *La República*, periódico independiente, también fue calificado alguna vez de sarmientista. “No nos asustamos de esta clasificación con que “nos han hecho el honor algunos colegas”, respondieron, pero no la encontraron adecuada a su caso porque “nosotros no somos sarmientistas, ni mitristas ni urquicistas”. A fin de cuentas, señalaba agudamente *La Tribuna*, “el candidato imposible de ayer es hoy presidente de la República” y “si la reflexión y el convencimiento está convirtiendo en sarmientistas a los que no lo eran, tanto más apoyo tendrá para su gobierno. ¿Qué más podemos desear los que anhelamos ver al ciudadano Sarmiento haciendo un gobierno eminentemente popular?”

De todos los asuntos agitados por la opinión pública en ese tiempo habían tres de innegable preeminencia: la guerra con Paraguay, el conflicto de Corrientes y la sede del gobierno federal.

Esta última cuestión, tan antigua como espinosa, se discutía precisamente en esos días en el Congreso Nacional. Comparada con las otras —que sí eran de angustiosa y apremiante gravedad— era ésta en esas circunstancias casi una cuestión académica. En setiembre y tras acaloradas sesiones se aprobó la ley que designaba a Rosario como capital de la República. De inmediato circularon rumores sobre un presunto rechazo de

la ley por el presidente Mitre. Algunos partidarios de Sarmiento, no sabemos con qué asidero, difundieron mientras tanto que el futuro mandatario cumpliría puntualmente esa ley y pediría los fondos necesarios para construir en esa ciudad santafecina edificios para las autoridades. Apenas un par de días más tarde, el 25 de ese mes, se confirmaron los rumores antedichos, pues el gobierno elevó al Congreso un mensaje vetando la ley aludida. Y nuevos debates reencendieron viejas pasiones de la política local y nacional.

La guerra del Paraguay, por su parte, era más que un tema de polémica, una verdadera piedra de toque de las grandes definiciones cívicas del momento. Y estas definiciones rebasaban a los nucleamientos partidarios. Mientras algunas recientes victorias de las armas aliadas levantaban el entusiasmo un tanto enfriado entre los propios espíritus más recalcitrantemente belicistas; se alzaban por otra parte, y con más fuerza, voces que clamaban por la inmediata terminación de la guerra.²⁷ La rendición de Humaitá, el 5 de agosto, era considerada por los pacifistas como un instante propicio para iniciar negociaciones con el presidente López y evitar así la prolongación de la sangrienta campaña durante uno o dos años más —según caculaban—, ya que los paraguayos se aprestaban a retirarse a la región de las cordilleras, terreno adecuado para una prolongada guerra de desgaste.²⁸ El diario urquicista, acérrimo enemigo del conflicto con Paraguay, advertía acerca de los móviles que tendría la difusión de noticias halagüeñas sobre la suerte de las armas aliadas, pues las estimaba especies calculadas para reencender la alicaída atmósfera de la guerra y traer a Sarmiento con el señuelo de un inminente triunfo final. Los autores de este plan pretendían —así expresa— que “el nuevo gobierno se eche a cuestras con los compromisos de esta guerra impopular y ruinoso, alucinado por la confianza de recoger el fruto de tantos sacrificios con una gran victoria”.²⁹ A todo esto se divulgaban contradictorias manifestaciones que sobre este punto se atribuían a Sarmiento, y que éste habría formulado en Estados Unidos y en Brasil. Que el asunto era decisivo podía atesti-

²⁷ El diario *La República* publicó el 13 de agosto un interesante escrutinio —no desmentido por los interesados— sobre la actitud de los periódicos de Buenos Aires respecto de la guerra con Paraguay.

POR LA GUERRA: *La Tribuna* (unitaria de tradición). *El Nacional* (localista). *La Nación Argentina* (mitrista-elizaldista).

POR LA PAZ: *La Patria* (cruda progresista). *Le Courrier de La Plata* (extranjero id.). *Los Intereses Argentinos* (católico id.). *Deutsche La Plata Zeitung* (extranjero id.). *La España* (id. id.). *El Pueblo Argentino* (urquicista). *The Standard* (extranjero id.). *El Pungolo* (id. id.). *La República* (constitucionalista progresista).

²⁸ Véase en *La Patria* del 22 de setiembre de 1868, un artículo firmado por Aristóbulo del Valle, en el cual se expresan las argumentaciones que hemos sintetizado.

²⁹ *El Pueblo Argentino*, 5 de setiembre de 1868.

guarlo Elizalde, cuya candidatura presidencial había sido virtualmente derrotada aún antes de ir a las urnas por el caluroso apoyo que le brindó la opinión pública brasileña, que postulaba justamente la prosecución de la guerra con Paraguay, iniciada en los tiempos de Mitre, su correligionario político. Y se decía más aún: que el partido liberal de Argentina había muerto al dar a luz la alianza con Brasil. Y era esta alianza la que muchos exigían se anulase sin titubeos por entender que sólo así recobraría nuestra política exterior su tradicional independencia.

Otro asunto que conmovía al país era el conflicto revolucionario de Corrientes, de reciente data, y que si bien estaba circunscripto a los lindes de esa provincia, podía complicarse ante cualquier actitud precipitada de las autoridades nacionales y extenderse a otras partes del país, si se piensa que Urquiza no podría permanecer indiferente ante los acontecimientos. La presencia allí de una división de ejército retirada del frente del Paraguay, al mando del general Emilio Mitre, hizo temer por una represión más grave por sus derivaciones que el propio conflicto que se pretendía sofocar. Los adversarios del presidente Mitre sostuvieron que éste aparecía interesado en llevar obstáculos a la futura gestión de Sarmiento. La campaña militar en Corrientes, era evidente, agitaba bélicamente a todo el litoral. Era una forma sutil —decían también los opositores— de hacer creer que la ausencia de Mitre del gobierno ocasionaría el desquicio y le impondría finalmente al nuevo mandatario “la necesidad de procurar el apoyo de la espada y del prestigio” del vencedor de Pavón.

A todo esto en la tarde del 20 de setiembre tuvo lugar “uno de los actos más grandiosos y solemnes para Buenos Aires”, al decir del cronista de *La Tribuna*. Se trataba de la colocación de la piedra fundamental del edificio a erigirse para establecer las máquinas destinadas a proveer de agua filtrada a la ciudad. La terrible experiencia de dos epidemias de cólera hicieron sentir la necesidad de contar con un servicio de aguas corrientes depuradas. La iniciativa correspondía al gobernador Alsina, quien contó con el apoyo decidido de Emilio Castro, presidente de la comisión de esas obras, y del ingeniero Juan Coghlan. La ceremonia alcanzó contornos de brillante fiesta. Asistió Sarmiento especialmente invitado, el gobernador y sus ministros Nicolás Avellaneda y Mariano Varela, monseñor Federico Aneiros en representación del Arzobispo, y muchas otras personalidades y público. Se notó la ausencia de los miembros del Gobierno nacional y de la Municipalidad de Buenos Aires.

Concluido el acto, los invitados se dirigieron a la vecina quinta de don Mariano Saavedra, donde se sirvió un lunch. Allí habló el doctor Alsina sobre la significación de las obras que se iniciaban. Y luego pronunció un discurso el presidente electo.

Recordó Sarmiento la feliz coincidencia de que por segunda vez llegaba a Buenos Aires en vísperas de una importante construcción urbana. En 1855 había asistido a la colocación de la piedra angular del gasómetro, como ahora a la del surtidor de agua. Se ocupó largamente acerca de la higiene de las ciudades, que por indolencia e imprevisión no marcha al ritmo del crecimiento edilicio y demográfico. Esa morosidad causa, dijo, estragos como los recientes del cólera, que encuentra en la ignorancia, el egoísmo, la intemperancia y el desaseo sus mejores cómplices. No podía faltar en su discurso algún pasaje alusivo a la educación popular.

Se ha dicho que la educación es mi manía. Las manías han hecho del mundo lo que es hoy. Manía fue la libertad para pueblos que como el inglés, la conquistaron en siglos con su sangre; manía fue la independencia, en la generación que nos precedió, hasta dejárnosla asegurada. Sólo cuando una grande aspiración social se convierte en manía, se logra el haberla hecho, institución, conquista.

Agregó en seguida: “Demos aguas corrientes al pueblo, luz a las ciudades, templos al culto, leyes a la sociedad, constitución a la nación”. Todo eso es necesario y excelente, y está comprendido en la educación del pueblo, y ésta —puntualizó— debe derramarse abundantemente y a manos llenas.³⁰

Hablaron después los ministros Avellaneda y Varela, don Héctor F. Varela —orador infaltable en todo acto público—, monseñor Aneiros, y a petición de Sarmiento el doctor Juan José Montes de Oca en su carácter de higienista.

Poco después de una semana de la ceremonia relatada, tuvo lugar otro interesante acontecimiento en Buenos Aires, donde tuvo gran repercusión periodística, y en el que Sarmiento fue figura principal.

En uno de los grandes salones anexos al viejo teatro Colón, la Logia Constancia ofreció un gran banquete el 29 de setiembre al futuro presidente, quien ostentaba el más alto grado de la institución. Ante doscientas personas se realizó la tenida, con la presidencia del gran maestro de la orden, doctor Daniel Cazón. Junto a él ocuparon la cabecera el presidente de la

³⁰ SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, pp. 249-252.

República, general Mitre, y el agasajado, Sarmiento, ambos grado 33. “El momento solemne y verdaderamente interesante —leemos en un diario de la época— fue el de los discursos, porque dio a conocer el objeto de la reunión y los sentimientos que animaban a los concurrentes”. Todos ellos, sin salir de los límites trazados por la orden masónica, que prohíbe discursos políticos y religiosos, versaron sobre temas filosóficos y humanitarios. Hablaron los doctores Cazón, Juan José Montes de Oca, Roque Pérez, Vicente F. López, y los señores Rufino Varela, Adolfo Vaillant, Guerin, Sarmiento, Mitre y Héctor F. Varela.

Dos cosas llamaron allí poderosamente la atención. No ha sido vano espectáculo —dice un cronista— ver desaparecer las individualidades, y los círculos, y lograr reunir en un banquete fraternal a Mitre y Sarmiento. Lo segundo fue la declaración formulada por el presidente electo al cabo de su discurso.

Sarmiento, al dirigirse a sus “hermanos”, reiteró su adhesión a los vínculos que unen a los allí presentes a la sociedad masónica. Y como estimaba necesario “tranquilizar a los timoratos”, formuló algunas consideraciones sobre el papel que desempeña esa institución de “universal confraternidad”. “El presidente de la República debe ser, por la Constitución, católico, apostólico, romano. . . Este requisito impone al gobierno sostener el culto respectivo y proceder lealmente para favorecerlo en todos sus legítimos objetos. Este será mi deber y lo llenaré cumplidamente”. Y completando su pensamiento manifestó luego: “Mas este deber no va hasta desfavorecer, contrariar, perseguir otras convicciones. La libertad de conciencia es no sólo declarada piedra angular de nuestra Constitución, sino que es una de las más grandes conquistas de la especie humana”. Recordó también que el Sumo Pontífice se había pronunciado en contra de esas sociedades, pero los pueblos y gobiernos cristianos, con el debido respeto a las opiniones del jefe de la Iglesia, “pueden diferir de él en muchos puntos que no son del dogma”. Aludió al derecho de patronato, “que hace al jefe de Estado tutor, curador y defensor de los cristianos que están bajo el imperio de nuestras leyes, contra toda imposición que no esté de acuerdo con nuestras instituciones fundamentales”. Elogió más adelante los beneficios que resultan de la profesión y práctica de la masonería. Finalmente se expresó así:

Hechas estas manifestaciones, para que no se crea que disimulo mis creencias, tengo el deber de anunciar a mis hermanos, que de hoy en adelante me considero desligado de toda práctica o sujeción a estas sociedades.

Llamado a desempeñar altas funciones públicas, ningún reato personal ha de desviarme del cumplimiento de los deberes que me son impuestos; simple ciudadano, volveré un día a ayudaros en vuestras filantrópicas tareas...³¹

Esta desobligación temporal de Sarmiento de todo vínculo con la masonería mientras ejerza la primera magistratura del país, fue recibida con sorpresa pero mereció en definitiva general aprobación. “Creemos que así debe ser —comentaba un diario— porque la presencia del jefe del Estado en las Logias podría ejercer una influencia que no debe pesar sobre ellas, y en su calidad de presidente de la República él no debe pertenecer a ningún círculo, a ninguna secta o congregación, sin menoscabo de su dignidad y libertad”.³²

Un par de días más tarde, accediendo a una invitación especial, partió Sarmiento en tren expreso con una selecta comitiva hacia Chivilcoy para participar de los grandes festejos allí organizados. Fue el suyo un verdadero viaje triunfal hasta llegar a la ciudad de sus simpatías, de la que se consideraba virtual fundador. En todas las ciudades del trayecto recibieron y saludaron a Sarmiento las escuelas públicas. Al llegar el convoy a Chivilcoy fue objeto de una ovación por prácticamente el pueblo entero, que así testimoniaba su gratitud al autor de las leyes agrarias que sirvieron de base a la creciente prosperidad de la región. Se cumplieron numerosos actos y ceremonias durante casi tres jornadas. Sarmiento tuvo que hacer uso de la palabra en varias ocasiones y con diversos objetos. Así, el primer día, en el teatro hubo un verdadero torneo oratorio a cargo de Juana Manso, Martín Behety, Santiago Estrada, Héctor F. Varela, teniendo que hablar también Sarmiento a requerimiento del auditorio. Pero el acto central lo constituyó el banquete popular del 2 de octubre con que la Municipalidad obsequiaba a sus huéspedes y a cuyo término el futuro presidente leería un importante discurso. Un participante de ese banquete recordó que allí “se ha conversado de agricultura, leyes agrarias, sementeras, máquinas, escuelas, más de lo que se ha comido”. Después de Sarmiento hablaron varios vecinos del lugar, entre ellos Dardo Rocha, “joven de una notabilísima inteligencia”, como apuntó un cronista.

Señaló Sarmiento en su exposición el placer que le causaba observar los grandes progresos realizados por esa colonia en apenas una década. Allí aparecían mancomunados los esfuerzos

³¹ SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, pp. 253-257.

³² *La República*, 1º de octubre de 1868.

de los nativos y de los inmigrantes en hacer producir a la tierra virgen. Sin perjuicio de las vacas y ovejas, “para las cuales parece se han dictado nuestras leyes y constituciones”, debe tratarse de desarrollar la agricultura y aumentar la población. “En toda la América del Sur la tierra ha sido librada al favor, sin mensura, sin linderos, sin cercos, único símbolo y sello de la propiedad. Chivilcoy tuvo una ley especial que la distribuyó en proporciones y formas regulares”, y hoy —afirmó— posee unos veinte mil habitantes, afincados, laboriosos y dotados de espíritu republicano y conciencia del propio gobierno. “Chivilcoy es un libro abierto cuyas páginas nuestros legisladores pueden consultar con provecho”.

Lo que aquí me rodea es el pueblo, el sencillo y humilde pueblo, contento con el fruto de su trabajo, orgulloso de mostrarme su propio adelanto.

Yo haré otro uso de esa fiesta; y ya que he de entrar luego a desempeñar tan arduas como altas funciones, satisfaré una demanda de la curiosidad, publicando desde aquí mi programa político.

Digo, pues a los pueblos de la República, que Chivilcoy es el programa del presidente Domingo Faustino Sarmiento.

A los gauchos, a los montoneros y a todos los que hacen el triste papel de bandidos, porque confunden la violencia con el patriotismo, decidles que me den el tiempo necesario para persuadir a mis amigos que no se han engañado al elegirme presidente, y les prometo hacer CIEN CHIVILCOY en los seis años de mi gobierno y con tierra para cada padre de familia, con escuelas para sus hijos... Chivilcoy es ya una muestra del futuro gaucho argentino. Estos niños que me habéis mostrado, es la montonera de ayer, la patria de mañana, la República toda como Chivilcoy. He aquí mi programa.

Todo esto lo haré en los límites y en la esfera del Poder Nacional con el concurso del Congreso, guiado por jurisconsultos y economistas, que por fortuna el país posee revestidos de autoridad. Pero si el éxito corona mis esfuerzos, Chivilcoy tendrá una inmensa parte en ello, por haber sido el *pioneer* que ensayó con el mejor espíritu la nueva ley de tierras y ha estado demostrando por diez años que la Pampa no está, como se pretende, condenada a dar exclusivamente pasto a los animales, sino que en pocos años, aquí como en todo territorio argentino, ha de ser luego asiento de pueblos libres, trabajadores y felices.³³

Por vez primera exponía públicamente los propósitos de gobierno el futuro mandatario nacional. Respondía cumplidamente a las críticas de los impacientes y lanzaba más que un desafío, un supremo grito de guerra a las más diversas exteriorizaciones de la barbarie, su viejo enemigo de siempre.

Los actos programados en Chivilcoy para el día siguiente tuvieron que suspenderse debido a una intensa lluvia. No era

³³ SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, pp. 258-267.

posible postergación alguna porque Sarmiento contaba ya apenas con una semana para concluir sus preparativos previos a la recepción del mando. De manera que él y su comitiva emprendieron el regreso, otra vez por ferrocarril, llegando a Buenos Aires en la noche del 3 de octubre.

Una crónica de este viaje ha puntualizado que a la vuelta Sarmiento vino recostado a una ventanilla del vagón. Silencioso, meditabundo, perdida su mirada en los ásperos campos de la ruta, parecía evocar retrospectivamente su vida entera, al predisponerse a subir al calvario de donde bajó Rivadavia...

En Buenos Aires el discurso de Sarmiento fue publicado por todos los diarios, inclusive los que se editaban en lenguas extranjeras. Los comentarios fueron unánimemente elogiosos para el discurso programa del nuevo presidente.³⁴ El vocero católico aprobó también sus términos pero con la expresa reserva de aguardar a que los hechos vengan a corresponder a las palabras. Sólo *La Nación Argentina* —lanzada ya a una oposición sistemática— encontró negativo el discurso, tanto por su fondo como por su forma.

Pero la actitud de *La Nación Argentina*, una de las tribunas periodísticas más importantes de Buenos Aires, merece ser analizada en sus manifestaciones con algún detenimiento. Según hemos visto ya no era el único diario opositor a la nueva situación política. *La República* como *Intereses Argentinos*³⁵, cada uno desde su punto de vista, aguardaban con serenidad y sin prevenciones la gestión del futuro gobierno. *El Pueblo Argentino*, adversario vigoroso y declarado de Sarmiento, que inclusive, para ridiculizarlo, exhumó en sus ediciones de agosto el *Sarmienticidio* o *A mal Sarmiento buena podadera* del español J. M. Villergas, fue moderando su lenguaje después de la pro-

³⁴ Florentino González —el luego famoso profesor de derecho constitucional en la Universidad de Buenos Aires— escribió el 6 de octubre de 1868 un artículo en *La República*, donde dice que Sarmiento desde hace mucho tiempo comprendió cuánta era la influencia que “la buena distribución de la propiedad, la instrucción primaria, las vías de comunicación y el *self government* tienen en el progreso intelectual y material de un pueblo”. Esos elementos que transformaron la Pampa en lo que es hoy Chivilcoy, deben producir efecto semejante en otras partes “porque hay para ello las mismas razones”. Y añade: “El señor Sarmiento así lo ha comprendido y expresa en una sola palabra más que los difusas mensajes de algunos presidentes que echan a nadar una idea en un océano de frases. Lo que importa es el fondo de su discurso, en medio del cual brilla esta frase: *mi programa es Chivilcoy*”.

En el apéndice a este trabajo agregamos otro artículo sobre este mismo asunto, tomado de *La Tribuna* del 4 de octubre de 1868, escrito probablemente por Héctor F. Varela.

³⁵ Este diario católico, al asumir Sarmiento la presidencia, se preguntó “¿Seremos más felices durante este nuevo gobierno? He aquí la pregunta que todos se hacen. Mucho se espera del gobierno del señor Sarmiento. Dios quiera que no vengamos a sufrir un nuevo desengaño”.

clamación formal de nuevo presidente por el Congreso, aunque sin callar las profundas diferencias políticas que les separaban de él. Esta evolución expectante se advierte, por ejemplo, entre el violentísimo artículo *Un gobierno imposible*, del 28 de julio, y su editorial del 4 de setiembre intitulado *Esto es lo que pensamos y esperamos de Sarmiento*.³⁶ El panorama periodístico para el presidente era francamente alentador para el futuro inmediato.³⁷ Mas pronto *La Nación Argentina* se encargó de demostrar que, en la parte que a este diarito respecta, no cabía hacerse ilusiones tranquilizadoras.

En un editorial que ya hemos recordado, del 18 de agosto, al expresar este diario su acatamiento a la elección de Sarmiento, dijo que lo apoyará como presidente legal, pero reservándose el derecho de oponerse a su política si hubiera mérito para ello. Esta oposición, anticipaba, no sería radical sino "tranquila y razonada". "Esperámosle ahora como gobernante, para juzgarlo; no con la acerba prevención del enemigo implacable, sino con la imparcialidad del ciudadano que expone sus opiniones sobre los actos de magistrados que representan la causa que todos hemos defendido". El 29 de agosto insistía *La Nación Argentina*, a propósito de la llegada de Sarmiento: "Nosotros lo esperamos con la conciencia tranquila para juzgarlo según sus actos". Y aún el 4 de setiembre: "La honradez es una virtud que no podemos dar ni quitar al señor Sarmiento; y por lo que hace a laboriosidad, sus amigos nos han dicho que el presidente electo es hombre que no viene a dormir sino a trabajar de día y de noche y hasta en *mangas de camisa*. Todo está, pues, preparado: el lienzo, el pincel y los colores. Veremos cómo se desenvuelve el pintor".

Súbitamente dejó *La Nación Argentina* a un lado ese tono circunspecto y hasta amable, y algunos días después comienza a

³⁶ Resumiendo su opinión *El Pueblo Argentino* creía que el gobierno de Sarmiento tocará, sin término medio, uno de estos dos extremos: es ridículo o es trágico. Y añadía significativamente: "Si el tiempo y la experiencia le han dado más criterio que el que tenía, tendrá acierto y entonces nuestros juicios actuales, basados en sus antecedentes, habrán sufrido un error, que compensaremos satisfechos porque sabemos inmolar opiniones propias cuando la verdad y los hechos nos muestran la equivocación en que incurrimos".

³⁷ *La República*, el 26 de agosto de 1868, al hacer su *Revista política de la quincena* hacía referencia a la ahora despejada situación del país como consecuencia de la proclamación del nuevo presidente. "La última evolución de la prensa abiertamente hostil a Sarmiento ha sido una promesa de paz para la futura administración. Todos los diarios con representación política reaccionaria en el país, entre ellos los de Santa Fe y Entre Ríos, han declarado que acatan la solución constitucional de la elección proclamada por el Congreso el 16 del corriente. Esa declaración ha tranquilizado a todos los espíritus alarmados. Sarmiento gobernará sin oposición sistemada: sus actos darán la medida para la marcha de la prensa realmente liberal". Días después publicó este mismo diario *La República* un interesante e ilustrativo panorama, tal como lo veían sus redactores, sobre la opinión del diario porteño respecto del futuro gobierno. Véase su texto completo en el apéndice a este trabajo.

transitar resueltamente por la vía del escándalo.³⁸ *La Nación Argentina* prosiguió, imperturbable, a partir de entonces una campaña de inusitada violencia tendiente a desacreditar a Sarmiento utilizando cualquier medio. Todos los otros diarios porteños, por encima de discrepancias políticas, lamentaron estas demasías tan destempladas como injustificables. Día tras día el diario de Gutiérrez acumuló sueltos e informaciones tendenciosas que pretendían zaherir la acción pública y los escritos de Sarmiento, prodigándole al pasar motes alusivos a caracteres ciertos o imaginarios de su personalidad.³⁹ Era ése, como dijera *El Nacional*, un “torrente de denuestos, ridículo, tergiversaciones y calumnias” que se lanzaba en un enceguedo furor de anticipada oposición sistemática. No faltó alguien que viera en esa campaña una reminiscencia de los tiempos de la rosina *Gaceta Mercantil*. Se buscó explicación a esa barraúnda desenfrenada de *La Nación Argentina*, tanto más llamativa por tratarse de un órgano periodístico generalmente conceptuado como serio, y que de improviso se le ve descender a semejantes guerrillas subalternas. El diario urquicista *El Pueblo Argentino* calificó de hábil plan al que venía desarrollando su colega elizaldista, pues pretendía desprestigiar y disminuir a Sarmiento para que luego, solo en el gobierno, se vea precisado a recurrir en busca de apoyo al círculo de Mitre. Pero este círculo —agrega— no busca un aliado sino un instrumento, no un gobernante sino un maniquí. Por su parte el diario de Piñero acusó a Gutiérrez de “servil o conspirador” en un extenso artículo así intitulado. El 15 de setiembre *La Nación Argentina* ensayó explicar de alguna manera su posi-

³⁸ El 5 de setiembre de 1868 aseguró *La Nación Argentina*, bajo el sugestivo título de *El rey se divierte*, que el futuro presidente visitó la quinta de don Mariano Varela, en los alrededores de Buenos Aires, regresando a esta ciudad en la mañana de ayer “después de haber celebrado una alegre francachela”; para agregar a renglón seguido que “dicen que la cena fue digna de Lúculo”. Al día siguiente respondió *La Tribuna* con un enérgico artículo poniendo en evidencia la calumnia. “Hace dos días que Mariano Varela acompañó al señor Sarmiento al cementerio del Norte con el objeto de visitar el sepulcro en el cual se halla el cadáver de su hijo Domingo. Al llegar al cementerio pidió a Varela que lo dejase solo un momento. Penetró en el sepulcro y se arrodilló delante del ataúd de Domingo, permaneciendo en esta actitud durante media hora, en que pagó el tributo de las lágrimas a la memoria querida de su hijo. Al salir del cementerio, Mariano Varela (que era la segunda vez que veía a Sarmiento) lo invitó a visitar las obras de las aguas corrientes. Alguien los vio regresar juntos a la ciudad y corrió a noticiarlo a la redacción de *La Nación Argentina*. Y el diario, en su edición de ayer, da la noticia con el título de *El rey se divierte*, pintándolo con hiel y lodo. El día se ha convertido en noche, al influjo de su malicia. El cementerio, en el pueblo de Belgrano. La tumba de Dominguito, en una granja de campo. La oración de un padre sobre los restos de su hijo, en una francachela de calaveras. Así desfigura la verdad para desprestigiar al flamante presidente y satisfacer el encono de la derrota del candidato de *La Nación Argentina*. Si *La Nación Argentina* quiere ridiculizar a Sarmiento desfigurando sus palabras y convirtiendo sus columnas en estrado de *comadres*, hágalo en buena hora, que ella ni Sarmiento pierden nada”.

³⁹ *La Nación Argentina*, amén de otras lindezas, exhumó, con nuevos bríos, aquél epíteto de “loco”, maquinado por Rosas, y que le acompañaría toda su vida.

ción, respondiendo a estos interrogantes que ella misma se formuló haciéndose eco de la general reacción del público: “¿Por qué *La Nación Argentina* al señor Sarmiento? ¿Por qué no espera a sus actos? ¿No había prometido ella no hacer una oposición radical?” Afirmó que ni una palabra dijo, “hasta que vino el primer discurso del señor Sarmiento”, al cual no se negará el carácter de acto público. En ese discurso —continúa— hay conceptos que envuelven una provocación a ese diario. Pero insiste que no ataca a la persona de Sarmiento sino a las ideas que viene expresando desde su llegada al país. Pretende “reformularle en sus pequeñas vanidades” y también aplaudirle “a grandes palmadas todo lo que Sarmiento hiciese de bueno en lo futuro”. No obstante esta pueril aclaración, que no alcanzó ciertamente a justificar su empecinada actitud, los brulotes e injurias constinuaron apareciendo en esas columnas y aún arrieron en profusión hasta colmar literalmente todo el espacio consagrado a imformaciones y crónicas del diario.⁴⁰ En un *crescendo* de franco delirio fue agotando *La Nación Argentina* todos los argumentos imaginables contra los flancos de Sarmiento, para lo cual utilizaba tanto la ironía más sutil como la más reprobable nota de mal gusto.⁴¹ *La Tribuna* dedicó a este asunto entre otros muchos, dos artículos —*Provocaciones insidiosas* y *Una oposición anárquica*— en la víspera de asumir el

⁴⁰ Convencidos los partidarios de Sarmiento de que esa campaña desatada contra él no trascendía en definitiva de una minoría de hombres más o menos resentidos, hizo *El Nacional*, el 17 de setiembre, esta punzante acotación: “Los sueltos y chistes de *La Nación Argentina* son leídos por un círculo de elizaldistas, que se ríen y jaranean que es un gusto. Esta lectura concluye siempre con esta exclamación: —“¡Lo hemos embromado a Sarmiento!”. Sí, señores, lo han embromado a Sarmiento; mientras que este ciudadano es aclamado por el pueblo presidente de la República, ustedes se quedan con tamaño palmo de narices. Adelante, y siga la broma”.

⁴¹ A título de ejemplo citaremos que el 9 de octubre consagró *La Nación Argentina* casi toda su inmensa primera plana a artículos así intitulados: *El gobierno de las contradicciones*, *La política personal*, *Una campaña de Sarmiento y Piñero*, *El doctor Vélez*, y *Detalles escandalosos sobre la organización del ministerio*. En las secciones fijas, del editor, actualidad, crónica local, etc., continúa prodigándose similares materiales. ¡Y pensar que Sarmiento aún no se había hecho cargo del gobierno, lo cual tendría lugar recién tres días más tarde! Y precisamente unos días después, al comentar *La Nación Argentina* el discurso de Sarmiento ante el Congreso, no se le ocurrió otra cosa sino afirmar que no era suyo. *La Tribuna* replicó así: “¡Era lo único que faltaba! ¡Sarmiento ya no es ni escritor! Sarmiento ya no es capaz de escribir un discurso. Necesita que se lo hagan; que se lo *soplen*, que se lo enseñen como hacen los maestros de escuela con los niños a quienes *preparan* para que echen una *toba* al gobernador o al presidente cuando visitan la campaña. *La Nación Argentina* es la autora de este gran descubrimiento. Con todo el aplomo del mundo dice ayer que el discurso pronunciado por el señor Sarmiento al recibirse del mando, ha sido escrito ¡por el doctor Avellaneda!... ¡Otra te pego! Ya no basta llamar loco a Sarmiento y decirle *animal en dos patas*. Ahora es preciso probar que no es capaz de escribir un discurso. ¿Con qué objeto? Con el de probar que Sarmiento no sirve para presidente... La prueba no podrá ser más concluyente. Si Sarmiento no ha sido capaz de escribir un discurso ¿cómo lo ha de ser capaz para gobernar?” Tras otras consideraciones, concluye afirmando “que el discurso pronunciado por el señor Sarmiento fue escrito por él, y ninguno de sus ministros le hizo la menor corrección *porque no tuvieron qué corregir*”.

mando el nuevo presidente, y donde examina la posición del diario de Gutiérrez con dialéctica irrefutable.⁴²

Acaso pueda creerse que hemos concedido demasiado espacio y exagerada importancia a estos penosos y olvidables episodios, pero ocurre que ellos monopolizaron el comentario público de varias semanas, logrando quizá así evitar o postergar al menos, con la nota efectista del escándalo, la elucidación de las grandes cuestiones de vital interés para la nación en momentos de honda expectativa popular.

Como futuro primer mandatario de la República, debía Sarmiento decidir antes de asumir el cargo, la selección de los principales colaboradores que irían a acompañarle en su gestión. El asunto, por supuesto, preocupó —y cada vez más acentadamente a medida que se acercaba la fecha de la trasmisión del mando— a todos los círculos, partidarios o no, porque había suponer que con ello se lograría despejar de algún modo las dudas que prevalecían aún respecto de las orientaciones del nuevo gobierno.

Apenas llegado Sarmiento al país *La Tribuna*, diario adicto, se hizo eco de la natural curiosidad pública que al respecto había: “Hay una pregunta que está en todos los labios: ¿Cuál será su ministerio?” Como impaciencia popular la cuestión era comprensible pero no considerada desde un punto de vista político. La selección de los hombres de su gabinete sería la resultante lógica de un fin cívico práctico. Por lo que no debía haber dudas que los nombres de los futuros ministros estarían en concordancia con los postulados y aspiraciones del partido triunfante. “Créasenos —decía *La Tribuna*—, Sarmiento es un hombre práctico y no necesita de tutoría para saber lo que le conviene hacer”. Y como todavía no ha dicho una sola palabra sobre el punto —agregaba— no debe nadie llamarse a engaño ante los oportunistas que explotando la credulidad de las gentes pretenden conocer la clave.

Este artículo dejaba en pie el interrogante pero contribuyó a cerrar una polémica que venía enfrentando a *La Tribuna* con *La Patria* acerca de si los llamados a colaborar en el gobierno lo serían en virtud de sus aptitudes o de sus ideas, pues el pri-

⁴² Expresaba así *La Tribuna* en uno de esos artículos: “¿Qué oposición es la que hace ese diario? Sarmiento no se ha recibido del mando todavía. Sarmiento no ha dado un solo paso en política. Entonces ¿a qué se opone? ¿qué combate? No hay todavía a qué oponerse. No hay qué combatir”. Y en el otro comentario la califica de “oposición inútil, perdida, sin prestigio, sin valor, sin importancia, una oposición completamente desacreditada, por cuanto nace inspirada por el odio, por la pasión rencorosa del despecho”. Y profetiza que esta campaña de *La Nación Argentina* no triunfará “porque el país en masa quiere la paz, la quietud y el reposo, a cuya sombra pueda desarrollar los inmensos gérmenes de riqueza que en su seno esconde”.

mero había sostenido que Sarmiento no estaba moralmente obligado a gobernar con quienes lo elevaron al poder, y en consecuencia podría requerir la colaboración de elementos liberales que aunque adversarios se acerquen a los propósitos que le animan. Esto —aclara *La Tribuna*— no equivaldría a gobernar conforme a las ideas de sus adversarios. El diario de Mansilla por su parte, fundado en la reconocida independencia de criterio de Sarmiento, entendía que nada autorizaba a creer que el futuro gobierno fuera una creación híbrida que desvirtuara el programa electoral llevado a la victoria. Y añadía significativamente, saliendo al paso de quienes se consideraban a sí mismos factores del éxito, que Sarmiento “puede gobernar con quienes quiera porque nadie puede decir: yo lo he hecho presidente”. Este debate entre ambos diarios se definió cuando coincidieron en que el ministerio debería reflejar los propósitos y aspiraciones de sus partidarios.

Un día *El Pueblo Argentino* sorprendió a sus lectores con la noticia de que Sarmiento es un esclavo de sus amigos y que vive prácticamente con centinela a la vista. “Los diferentes círculos en que está dividida la situación tiene en su casa cada uno su representante poniendo sitio al nuevo presidente”. Tal como es de imaginar el desmentido de los aludidos no demoró un instante. *La Patria*, órgano sarmientista, expresó a su vez que el futuro mandatario debería estar prevenido contra los políticos tornadizos que siempre están al acecho.

El Nacional salió al paso de los apresurados y de los que especulaban barajando los más diversos nombres como presuntos ministros. El presidente no ha manifestado todavía sus opiniones a este respecto —afirmó, agregando: “Sabemos que su pensamiento está contraído a conocer el verdadero estado del país, cosas, sucesos y hombres; las rentas de que dispone, las deudas que sobre ellas pesan, la administración, los empleados, el Ejército, servicio de fronteras, etc. Habrá parecídole al presidente electo que era más urgente pensar en eso que en los ministros. Además, suponemos, que si es que tiene algún pensamiento sobre ministros guardará en completa reserva su pensamiento para librar del vapuleo a que la prensa despejada se ha entregado contra el presidente.”⁴³

⁴³ Confirmando esta aseveración de *El Nacional* sobre el examen que Sarmiento venía haciendo de la situación, leemos en un párrafo de carta suya de esos días estas impresiones no muy optimistas: “La desmoralización producida por la guerra es muy grande y la necesidad de reformas en todo sentido encuentra con el inconveniente de un gobierno sin poder, porque así lo han constituido. El Congreso se compone de hombres bien intencionados pero en general falto de nociones de gobierno y excitado por las pasiones que ha puesto en juego la lucha electoral. En la prensa reina el mismo espíritu, y todo presenta la imagen del caos”. Carta de Sarmiento a María Mann; Buenos Aires, 2 de setiembre de 1868. Cfr. *Cartas de Sarmiento*, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. III, Nº 11-12, Buenos Aires, julio-diciembre de 1935, pp. 384-385.

Planteadas las cosas así, a esta altura del público debate, volvió *La Patria* a insistir que el partido sarmientista tiene hombres inteligentes, honrados y patriotas y sólo en el supuesto de que no los hallara podría resultar lícito reclutar colaboradores entre los mitristas como *La Nación Argentina* lo venía sugiriendo. “El partido sarmienista es el partido más grande en hombres de buena voluntad e idóneos para acompañar en sus tareas al primer magistrado de la República. Tiene inteligencias poderosas como Piñero, Varela, Pérez, Luis Vélez y tantos otros”. Y categóricamente refirmaba su posición: “La República quiere y exige política nueva, y para la política nueva se necesitan hombres nuevos”. Tres semanas después *La Tribuna* volvía sobre el asunto, verdadero *leit motiv* de los comentarios políticos, para reiterar, por enésima vez, que los mitristas no debían hacerse ilusiones pues “la bienaventuranza no está cifrada en Mitre, Elizalde, Costa, Paunero y Gelly”. El nuevo presidente “tiene treinta hombres de ilustración, patriotismo y talento, tanto de Buenos Aires como de las provincias, entre los cuales puede escoger un ministerio que haga honor al país y le ayude a llevar a cima las grandes mejoras que proyectó en todo los ramos de la administración”.

¿Pero, y los nombres de los futuros ministros? Esto era lo que a la opinión pública apasionaba en esos instantes. Cada círculo político daba su propia respuesta. *El Pueblo Argentino* dijo el 21 de agosto que los políticos de bocacalle predicaban ya a Vélez Sársfield para la cartera de Hacienda; Arredondo, para Guerra; Avellaneda, para Instrucción Pública; y Manuel R. García, para Relaciones Exteriores. El de interior se reservaban aún “porque era grave nombrarlo”. El mismo diario reconstruyó un mes más tarde el gabinete con los nombres de Vélez Sársfield, Ugarte, Avellaneda, y Varela, para los ministerios civiles, pues para el de Guerra “hay como veinte candidatos”. El 25 de setiembre *La Nación Argentina* anticipó esta nómina: Interior, Vélez Sársfield; Relaciones Exteriores, Mariano Varela; Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda; Hacienda, Gorostiaga; y Guerra, el coronel Emilio Castro. Si exceptuamos esta última cartera, los demás titulares se confirmarían todos en el mencionado orden de asignaciones.

Por fin Sarmiento rompió el silencio que se había impuesto. Y ello fue el domingo 27 de setiembre, en ocasión del agasajo que le fue ofrecido por el coronel Mateo J. Martínez, en una de las quintas de Almagro, propiedad de Guerrico, en el vecino pueblo de San José de Flores. En el almuerzo, de cincuenta comensales, se congregaron amigos y ex opositores a la candidatura de Sarmiento. En uno de los brindis el presidente

electo anunció oficialmente el nombre de su primer ministro: Dalmacio Vélez Sársfield, a quien se encomendaba la cartera del Interior. No habló de los miembros restantes de su gabinete.⁴⁴ Los asistentes exteriorizaron con llamativa insistencia algunos gestos que se interpretaron como de lisonja y adulación. Apremiado por esas extralimitaciones se vio obligado Sarmiento a repetir por dos veces: “No tiren a quemarropa”. Al comentar *El Nacional* con visible irritación lo acaecido en ese almuerzo, señaló que el futuro presidente “aún no está mareado, conserva el olfato fino y huele con desagrado la pólvora de los fuegos de artificio que en su honor se queman”.

El ministerio de Guerra y Marina parecía no ser tan fácil de cubrir pues el coronel Emilio Castro declinó el ofrecimiento, pensando tal vez en asegurarse la sucesión de Alsina en la gobernación de Buenos Aires, como en efecto aconteció. Se insinuó en seguida para ese cargo al coronel Martínez, viejo amigo de Sarmiento y anfitrión del banquete recién referido. Otros aseguraron que el titular sería el comandante Carlos Keen, joven prestigioso, abogado, y uno de los jefes de la Guardia Nacional de Buenos Aires. Días después surge el nombre del coronel Martín de Gainza, que se confirmó oficialmente el 5 de octubre.

El Nacional, todavía el 30 de setiembre, insistía que nada hay seguro respecto a los nombres que se rumoreaban. “Todo lo que se dice está muy sujeto a tener modificaciones”. Lo cierto es que la nómina conocida resultó definitiva y así se anunció por *La Tribuna* el 7 de octubre. Los periódicos concluyeron sus especulaciones ministeriales y de ahí en más se limitaron a analizar las condiciones de los futuros colaboradores de Sarmiento. *El Nacional* aseguró que el gabinete respondía “indisputablemente a todas las exigencias de una administración notablemente ilustrada y apta para realizar los grandes designio del pueblo”. En su concepto el país recibiría esa combinación ministerial “como una garantía más del gobierno progresista y eminentemente nacional que espera del señor Sarmiento”.⁴⁵

⁴⁴ Creemos que la difundida anécdota sobre el diálogo nocturno, desde un balcón a la acera, entre Sarmiento y Mansilla, y promovido por éste para hacerle entrega de una lista de nombres de probables ministros, incluyendo el suyo propio, no se corresponde estrictamente a la verdad de los hechos. Cfr. A. BELIN SARMIENTO: *Sarmiento anecdótico. Ensayo biográfico*. Edición definitiva, corregida y aumentada. Imprenta Belin, Saint-Cloud, 1929, pp. 177-178. Un biógrafo de Mansilla también la cree apócrifa en base al testimonio de éste, quien explicó años más tarde lo inverosímil de la escena. Cfr. ENRIQUE POPOLIZIO: *Vida de Lucio V. Mansilla*. Ed. Péuser, Buenos Aires, 1954, p. 116.

⁴⁵ Para *El Pueblo Argentino*, urquicista, los ministros comprometidos carecían de méritos: Varela era, en su concepto, un fomentador de revoluciones; Vélez Sársfield, un antiguo contradictor de Sarmiento; Gorostiaga “no es sal ni agua”; Avelleda “llenará un vacío”; y Gainza resultaba una “bandera de irreconciliación”.

Por nuestra parte diremos que el ministerio integrado por Sarmiento comprendía a representantes de diversos matices de la política de la época. Estrictamente el único partidario suyo militante fue Varela, quien sostuvo su candidatura desde *La Tribuna* juntamente con sus otros hermanos propietarios del diario. De ahí que irónicamente se le llamara “el ministro de *La Tribuna*”. Avellaneda —cuyo nombre se difundió desde un principio para la cartera de Instrucción Pública, se había desempeñado junto con el mencionado Varela, hasta junio, como ministro del gobernador Alsina, futuro vicepresidente de la Nación. Gorostiaga había sido opositor en la campaña electoral pero era indiscutible su competencia en materia financiera. Gainza, oficial de la Guardia Nacional, era un veterano militar que combatió al lado de Lavalle. Vélez Sársfield era otro técnico, jurisconsulto y codificador, el hombre de los latines, que a los sesenta y ocho años quiso acompañar a su antiguo amigo en la difícil patriada que se emprendía.

Ahora dos palabras sobre Adolfo Alsina. Las relaciones entre Sarmiento y su vicepresidente no fueron nunca amistosas. Seguramente las maniobras políticas preelectorales realizadas por el entonces gobernador de Buenos Aires que pudieron significar —como ya lo hemos señalado— un desplazamiento de la candidatura del sanjuanino, les distanciaron definitivamente. Estando Sarmiento todavía en Nueva York y sin tener por lo tanto la certeza de su victoria, escribió categóricamente que no abrigaba dudas sobre la misión futura de Alsina: “Será presidente del Senado, para tocar la campanilla; pues en cuanto a vice, pienso convidarlo dos veces a comer, para que vea mi estómago y salud que hacen del vice la *precaución inútil*”.⁴⁶ Poco antes de asumir el poder Alsina entrevistó a Sarmiento⁴⁷ y le insinuó el apoyo de su partido a su futura gestión a cambio de cargos públicos y otras dádivas para los autonomistas.

Intereses Argentinos, católico, mostrándose cauto, concretaba así su pensamiento: el ministerio “no es indudablemente perfecto, no es lo mejor, pero compuesto como se halla, todavía puede proporcionar al país bienes numerosos”. Y para el sarmientista *El Nacional* se trataba por supuesto de una brillante combinación: Vélez Sársfield, el primer jurisconsulto de la República; Gorostiaga, economista eminente; Avellaneda, abogado y orador notable; Varela, ilustrado ex ministro de gobierno de Buenos Aires; y Gainza, un antiguo y distinguido patriota.

⁴⁶ Carta de Sarmiento a Manuel R. García; Nueva York, 17 de julio de 1868. Cfr. MANUEL R. GARCÍA MANSILLA: *Cartas confidenciales de Sarmiento a M. R. García*, en *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, t. III, tercera serie, Buenos Aires, 1917, p. 278.

⁴⁷ Alsina renunció a su cargo de gobernador de Buenos Aires el 10 de octubre, para poder recibirse dos días después de la vicepresidencia de la Nación. Le reemplazó en aquel cargo don Emilio Castro, presidente del Senado provincial.

“El hecho fue que durante seis años el presidente y el vicepresidente no volvieron a hablarse una sola vez sino para cambiar frases ceremoniosas en actos oficiales”.⁴⁸

Llegamos, por fin, al lunes 12 de octubre, fecha señalada para la trasmisión del mando presidencial.

Ya por la mañana la plaza 25 de Mayo se veía llena de ciudadanos entusiastas que aguardaban impacientes la hora de la apertura de las puertas del Congreso para penetrar en él y presenciar el solemne acto. A las doce menos cuarto se abrieron las puertas y centenares de personas se lanzaron a buscar su ubicación en el recinto legislativo. Era un verdadero torrente humano que se hacinó en confusión en palcos, galerías y escalinatas.

Minutos antes de la una de la tarde, ante una inmensa concurrencia de público y de invitados especiales, diplomáticos y altos funcionarios civiles y militares, que ocuparon sus respectivas tribunas, se dio comienzo a la sesión de Asamblea de ambas cámaras del Congreso, con la presencia de cincuenta y siete legisladores. Presidía el acto el vicepresidente segundo del Senado, don Angel Elías. Leída el acta de la sesión del 16 de agosto último, en que se proclamó presidente y vicepresidente a los ciudadanos Sarmiento y Alsina respectivamente, se nombró la comisión de recepción de las nuevas autoridades nacionales. Se pasó a un breve cuarto intermedio hasta la una y cuarto en que se reanudó la sesión con la presencia de los mandatarios electos. Ante el impresionante silencio que se guardó en el recinto, prestó el juramento de estilo el nuevo presidente, puesta la mano sobre un ejemplar de los Evangelios recién traído de Francia, forrado en terciopelo azul con filetes de plata. La fórmula constitucional fue leída con tono imperativo e imponente. Al llegar al párrafo relativo a la fiel observancia de la Constitución —narra un testigo presencial— acompañó Sarmiento a la dicción “un ademán como signo de ferviente verdad, levantando en alto el índice de la mano derecha, y dando una viva mirada a la barra y a los congresales”. Una ovación saludó las palabras de Sarmiento. Luego prestó juramento el vicepresidente de la Nación. El presidente de la Asamblea dijo entonces algunas breves frases haciendo votos por la feliz gestión del nuevo gobierno.

⁴⁸ A. BELIN SARMIENTO: *Sarmiento anecdótico*, cit., pp. 179-180. La tirantez de estas relaciones llegó al extremo de negarse Sarmiento a delegar el mando en el vicepresidente en las diversas ocasiones en que salió de Buenos Aires. Semejantes desaires impulsaron a Alsina a presentar la renuncia de su cargo unos años después, pero fue rechazada por el Congreso. Cfr. ISMAEL BUCICH ESCOBAR: *Historia de los presidentes argentinos*. Ed. Anaconda, Buenos Aires, s/f, p. 150.

En seguida Sarmiento se puso de pie y comenzó a leer su mensaje inaugural, siendo estrepitosamente aplaudido en cada uno de sus párrafos.⁴⁹ Bosquejó ahí su programa de gobierno en lo político, económico, social, educacional e internacional, que en su mayor parte había sido anticipado en su discurso de Chivilcoy. Afirmó que los más diversos tipos de agitaciones políticas y sociales que afectan al país revelan causas crónicas y muestran que el mal es más profundo de lo que a primera vista parece.

Estudiar las causas mórbidas que perturbaciones tan prolongadas producen, sería la tarea más noble de nuestros pensadores, y curarla en su origen el objeto preferente de las leyes del Congreso y de la solicitud del Gobierno.

No puede dejarse con expectación paciente que se prolonguen dolencias tan profundas; y ha llegado ya el tiempo de indagar si el gobierno es lo que debiera ser bajo nuestras instituciones republicanas —el instrumento de distribuir la mayor porción posible de felicidad sobre el mayor número posible de individuos—. Los pueblos no aman las instituciones que los rigen sino cuando estas condiciones se encuentran cumplidas.

La obra es todavía más apremiante para nosotros. Hemos recibido en herencia masas populares ignorantes y destituidas; y la homogeneidad y la cohesión —condiciones esenciales de toda sociedad— se hallan violadas. El poder público tiene entre tanto la misión de hacer funcionar sobre un terreno tan mal preparado las instituciones libres, combatiendo los obstáculos que a cada paso encuentran en su camino.

Si bien el bosquejo de Sarmiento era sombrío, confesó en seguida que la situación distaba de ser desesperada e irremediable. La población y todos los recursos debían distribuirse por leyes previsoras, justas y racionales “para evitar que mientras los elementos de civilización se acumulen en las costas, lo restante del país sea entregado a la barbarie, y que salgan luego del bien aparente nuevas calamidades y desórdenes”.

Las tierras públicas sometidas a un régimen equitativo de distribución fijarán la población que carece hoy de hogar, lo darán a los millares de emigrantes que vienen en busca de una patria para sus familias, y pondrán coto al vagar de las hordas del desierto, suprimiendo el desierto mismo, su teatro y su elemento. Algunas leyes orgánicas de la educación bastarán para asegurar a las generaciones futuras la prosperidad que debemos prepararles.

⁴⁹ Una crónica del diario *La República* registra un pintoresco episodio que ocurrió cuando Sarmiento pronunciaba su discurso. La reproducimos textualmente con el jugoso comentario que encierra: “Mostrándose Sarmiento algo incómodo por la bulla que se hacía desde la barra, la llamó él mismo al orden, dirigiéndose a ella y exclamando con voz entera y enérgica: —¡Silencio!”. Uno que estaba a nuestro lado en la barra, oímos que dijo: —“Nuestro presidente parece no olvidar sus antiguos resabios de maestro de escuela, pues impone silencio como a escolares”. Lo cierto es que la barra obedeció como si estuviera compuesta de niños de escuela”.

Una mayoría dotada con la libertad de ser ignorante y miserable, no constituye un privilegio envidiable para la minoría educada de una nación que se enorgullece llamándose republicana y democrática.

Vuelvo a repetiros: ha llegado el tiempo de que discurremos seriamente sobre estas graves cuestiones sociales; puesto que las políticas están ya por fortuna resueltas en su mayor parte.

No hemos de glosar cada uno de los puntos expuestos en ese mensaje, que merece releerse con detenimiento por la sensatez, clarividencia y contagioso entusiasmo que respira. Y aún más. Al cabo de un siglo, la vibrante actualidad de sus formulaciones esenciales nos convencen por enésima vez que Sarmiento, consustanciado íntimamente con el destino nacional, es un hombre de nuestro tiempo.

Otra vez en la brega, estaba resuelto a no transigir en la consumación de sus ideales.

Éste es el breve cuadro de la política que seguirá mi gobierno. No me arredran las dificultades de la tarea; aunque no me es desconocido cuánto están destinados a sufrir en su honor y en su reposo los que son llamados a desempeñar las arduas tareas del gobierno. Es necesario resignarse a esta suerte... Pero me abruma, sí, la confianza y las esperanzas que se han depositado en mí. Nuestra historia revela que tenemos más alta conciencia del bien, que paciencia y capacidad para realizarlo. Muchos de los que antes lo intentaron murieron en la demanda o en el ostracismo, y sólo la generación venidera reivindicó la memoria de los fieles servidos que no supieron ser populares, porque querían ser dignamente estimados.⁵⁰

Concluido el discurso se declaró levantada la sesión y los legisladores, invitados y pueblo abandonaron el Congreso, “donde acababa de consumarse el más bello acto constitucional”. Al salir a la calle rindieron honores a los nuevos mandatarios, soldados y oficiales de una brigada de artillería y de un batallón de la Guardia Provincial.

La comitiva y el público se dirigieron a la vecina Casa de Gobierno. La concurrencia tomó tales proporciones que, con ímpetu de ola tempestuosa, invadió las salas de los ministerios hasta el salón principal donde aguardaba el presidente saliente con sus ministros y corporaciones civiles y militares. Hubo allí apretujones y pisotones que no distinguieron jerarquía ningun-

⁵⁰ Véase el texto de este discurso en D. F. SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, pp. 268-274. Unos días después, el 21 de octubre, exponía así a su amigo Posse en apretada síntesis sus propósitos de gobierno: “Mi plan de política tenderá a mejorar las condiciones sociales de la gran mayoría, por la educación y por la mejor distribución de la tierra; por el mejor servicio del ejército y la milicia, a fin de que los hereditariamente desvalidos, empiecen a mirar el gobierno con menos prevención, pues sienten que el gobierno no es el de ellos. La empresa es difícil pero digna de acometerla”. Cfr. *Epistolario entre Sarmiento y Posse*, cit., t. I, p. 188.

na. Presionados por la muchedumbre, caían con fuerte estrépito los cristales de puertas y ventanas.⁵¹

Apenas restablecido algo el orden, entregó Mitre a Sarmiento la banda y bastón presidencial.⁵² Solemnizando más aún si cabe la escena, la brigada de artillería formada frente a la Casa de Gobierno, y al mando del coronel Viejobueno, hizo oír una salva de veintiún cañonazos. Firmado el decreto por el que puso al nuevo presidente en posesión del mando, pronunció Mitre una alocución expresando sus mejores deseos de éxito en la gestión de su sucesor, a quien prometió “el más profundo respeto y obediencia como el elegido del pueblo y el representante de la ley en mi país”.

A las palabras de Mitre, respondió Sarmiento con particular afecto, evocando la antigua costumbre porteña de llamarle general y aún coronel Mitre. En seguida se retiró del salón el ex presidente, en medio de fuertes aplausos.⁵³

A partir de ese momento fue recibiendo Sarmiento el saludo de altas autoridades, con las cuales intercambió sendos discursos. Lo hicieron sucesivamente, don Emilio Castro, gobernador de la provincia de Buenos Aires; Mons. Noel, ministro plenipotenciario de Francia, en representación del cuerpo diplomático, del que era decano; el coronel Quintín Quevedo, ministro de Bolivia; y el señor Sorela y Maury, ministro de España.⁵⁴ Terminada la recepción del cuerpo diplomático penetró al salón la plana mayor del Ejército. A nombre de éste dijo algunas palabras de circunstancias el brigadier general Enrique Martínez. La respuesta del presidente sintetizó sus pensamientos sobre el deber de los militares como sostenedores de los poderes constituidos.⁵⁵ Luego se hizo presente la

⁵¹ A. BELÍN SARMIENTO: *Sarmiento anecdótico*, cit., pp. 180-181, describió también esta tumultuosa escena. Lo hizo con visible disgusto, mortificado por esa exteriorización de lo que él llamó “populacherismo bochornoso”.

⁵² Alguien, desde el público, gritó en esos instantes: “¡Viva el sanjuanino!”, replicando Sarmiento rápidamente: “¡Aquí no soy sanjuanino!”. Este episodio lo difundió *Intereses Argentinos* en su edición del 14 de octubre de 1868.

⁵³ Mitre fue acompañado hasta su “casa imprenta” por varios centenares de sus amigos y correligionarios. Se le hizo objeto de una entusiasta ovación. En su domicilio pronunció un extenso discurso el doctor Juan A. García, que fue contestado por Mitre pidiendo olvido para los pasados rencores y llamando a la unión para que la República fuera grande y feliz al amparo de la ley y de la Constitución. Esa misma mañana comenzó a distribuirse en Buenos Aires el manifiesto que dirigió el ex-presidente al pueblo al dejar el poder, y donde compendia su obra de estadista, asumiendo la responsabilidad de todos los actos cumplidos durante su gobierno, que quedaban sometidos al juicio de sus conciudadanos. Terminaba ese documento pidiendo el apoyo de todos para las nuevas autoridades nacionales.

⁵⁴ En casi todos esos discursos Sarmiento, tal como fue costumbre suya, excedió los marcos del simple protocolo para expresar conceptos normativos de real interés, adecuados a cada caso. Cfr. D. F. SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, pp. 277-280. Sus palabras al general Mitre, en *Ibidem*, p. 275.

⁵⁵ Esta breve y sustanciosa disertación de Sarmiento, publicada en casi todos los periódicos de Buenos Aires, no fue recogida en sus *Obras*. Por eso la brindamos en el apéndice N^o 1 de este trabajo.

Corte Suprema de Justicia, a la que también dirigió una breve disertación.⁵⁶ Pasaron también a saludarle los miembros del Tribunal de Justicia de la provincia de Buenos Aires; los senadores y diputados de las cámaras nacionales y provinciales; jefes de oficinas públicas y muchísimos ciudadanos nacionales y extranjeros.

Concluidas las recepciones protocolares firmó Sarmiento su primer decreto, por el cual nombra a los cinco ministros que le acompañarían en su gestión gubernativa. Refrendó el decreto don Olegario Ojeda, oficial primero del ministerio del Interior.

La jornada vivida tuvo innegablemente especial trascendencia. De ahí la emoción que embargaba a todos los que presenciaron esos actos. Era la primera vez que en Buenos Aires un presidente hacía entrega del poder a su legítimo sucesor, que representaba la voluntad popular de la República unida definitivamente.

Al día siguiente, a las doce, prestaron el juramento de estilo los nuevos ministros: del Interior, doctor Dalmacio Vélez Sársfield; Relaciones Exteriores, doctor Mariano Varela; Hacienda, doctor José Benjamín Gorostiaga; Justicia, Culto e Instrucción Pública, doctor Nicolás Avellaneda; y Guerra y Marina, coronel Martín de Gainza.⁵⁷

Emprendía su marcha la nueva administración. El dinamismo inconformista y creador de Sarmiento infundiría bríos insospechados y fecundos a la nación expectante.

Acostumbrado como estaba a tutearse con las cumbres, había escalado con su perseverante empeño la más alta magistratura civil de su patria. El civilizador por antonomasia, con la familiaridad del genio frente a la gloria presentida, miraba cara a cara, con aire de triunfador y gesto desafiante, muy suyo, a la oceánica inmensidad de las vetustas tinieblas enseñoreadas del país, que se resistían al progreso.

Sarmiento, una vez más, comenzó a subir la piedra de Sísifo sobre la montaña.

⁵⁶ D. F. SARMIENTO: *Obras*, cit., t. XXI, pp. 275-277.

⁵⁷ Luego se nombraron los colaboradores inmediatos: secretario de la presidencia, don Olegario Ojeda; y subsecretarios, doctor Luis V. Varela, Interior, doctor José Manuel Estrada, Relaciones Exteriores; sargento mayor Eudoro Balza, Guerra y Marina; doctor Santiago Cortínez, Hacienda; y don Aurelio Prado y Rojas, Justicia, Culto e Instrucción Pública.

APENDICE

Nº 1

DISCURSO DEL PRESIDENTE SARMIENTO AL EJERCITO NACIONAL

12 de octubre de 1868

Recibo, señor General, con singular satisfacción las congratulaciones que en nombre de vuestros compañeros me dirigís al asumir como Presidente el mando en jefe del Ejército y Guardia Nacional de la República. He militado en sus filas y tenido ocasión de conocer y estimar a nuestros Generales, Oficiales y Soldados. La guerra en que nuestras armas están empeñadas ha mostrado que la generación presente representa sin mengua a la de los héroes que dieron la Independencia a la mitad de la América española. En valor no ceden a ninguna nación; en resignación y fortaleza para sufrir privaciones y fatigas, sobrepasan a muchas. Pero lo que distingue al ejército argentino es el honor militar, que lo ha hecho siempre fiel sostenedor de los poderes constituídos que se da el pueblo. La sublevación por causas o pretextos políticos no es mancha que empaña el brillo de espadas argentinas.

Los caudillos de la guerra civil salen de otras profesiones. El ejército se ha mantenido siempre libre de esta tacha, de que no han estado exentos los militares de otras Repúblicas.

La libertad de las naciones sólo así puede sostenerse. He presenciado en la gran República del Norte el licenciamiento de medio millón de veteranos, que llevaban a sus hogares sus armas como trofeos de su gloria, sin otra perturbación que las aclamaciones del pueblo, o las expresiones de júbilo de su familia. Aquellos soldados devueltos al hogar y a las vocaciones civiles que dejaron al llamado de la patria, son hoy los ciudadanos pacíficos que discuten en los comicios públicos las cuestiones que a la sociedad y al mayor progreso interesan.

Mientras la guerra extranjera toca a su término, y poniendo los medios de acelerarlo, me prometo contraerme a preparar a la carrera militar nuevo prestigio con mayor contingente de instrucción cientí-

lica; y al soldado que ha cumplido con su deber, motivos nuevos de amar a su país sin arrepentirse de haberlo servido honorablemente.

Podéis decir en mi nombre a los Jefes, Oficiales y Soldados del ejército, de que en este acto sois el eco, que cuento con lo que de su parte no es ni un esfuerzo, ni un sacrificio: con el honor argentino que reposa sobre el brillo de sus espadas, con el sentimiento del deber que es la esencia de su noble vocación.

La Tribuna, N^o 4407, Buenos Aires, 14 de octubre de 1868. Este discurso de Sarmiento no figura en sus *Obras completas*.

N^o 2

BUEN PROGRAMA. ARTICULO DEL DIARIO LA TRIBUNA COMENTANDO EL DISCURSO PRONUNCIADO POR SARMIENTO EN CHIVILCOY.

4 de octubre de 1868

Chivilcoy es un programa, ha dicho Sarmiento.
Inmejorable.

Chivilcoy es el trabajo; más que eso es la división del trabajo, es la repartición de la tierra, es la agricultura, es la escuela, es la municipalidad, es el centro comercial, es la ciudad construida para el porvenir, es el vecindario que obedece a la ley y se ampara en la ley para ejercer sus derechos, es la aspiración al *self government*, es decir al gobierno local propio con recursos, hombres y elementos propios, por último es el telégrafo y el ferrocarril.

Con pueblos en las condiciones de Chivilcoy diseminados en el territorio de la nación y el porvenir es nuestro.

Eso, eso es lo que hace falta a la República Argentina. Reorganización social por la reforma de las condiciones materiales y de las leyes del organismo económico del país, que supriman el aislamiento, la desperdición de fuerzas, el desierto, el haragán y el ignorante, en una palabra que produzca el bienestar general que robusteciendo las legítimas aspiraciones individuales, garante el progreso de la libertad, la estabilidad de la paz, el acatamiento a la ley y la verdad democrática. ¿Puede darse programa mejor?

Por tiempo demasiado largo nuestros gobiernos no se han ocupado de otra cosa que de la intriga política, hacer elecciones, averiguar cómo piensa y lo que intenta el caudillo A o el caudillo B, hacer planes sin resultado práctico, perder el tiempo y comunicar al país esa relajación de fuerzas que se hacía sentir en el gobierno. Abandonar esa rutina, entrar en el camino franco que reclama las necesidades del país, es entrar al buen gobierno.

Prometer entrar en ese camino, es hacer un buen programa, el mejor programa.

Sarmiento levanta en alto esas ideas. ¿No hay entonces derecho para esperar mucho de sus esfuerzos y de su gobierno?

Pueden los personales adversarios decir que no, los pueblos han de decir sí. ¡Esperamos!

La Tribuna, N^o 4399, Buenos Aires, 4 de octubre de 1868.

Nº 3

*LA PRENSA DE BUENOS AIRES Y EL PROGRAMA DEL
FUTURO GOBIERNO NACIONAL. ARTICULO DEL
DIARIO LA REPUBLICA*

1º de setiembre de 1868

Las opiniones de la prensa forman la ruta al gobierno discreto que sabe aceptarlas y estudiarlas en sus acepciones prácticas.

El momento es de ansiedad para el patriotismo, de curiosidad para los indiferentes, de espera para todo espíritu especulador.

Hace pocos días hicimos un escrutinio del periodismo de Buenos Aires en la cuestión de la paz *; y hoy creemos muy oportuno retratar a grandes rasgos el programa que cada órgano de publicidad espera y exige del futuro gobierno nacional.

[*La*] *Nación Argentina.*

Cuando el general Mitre subió al poder, manifestó que no gobernaría en otra parte que en Buenos Aires.

Dividida la opinión de los *porteños*, la causa de la unión nacional tuvo de un lado a los amigos del gobierno unidos a los defensores de la autonomía de Buenos Aires forzando así un partido que se llamó nacionalista.

Sobre la base de ese partido vio la luz la *Nación Argentina* para difundir la marcha administrativa y la política del gobierno del general Mitre, que empezaba a manifestarse con la intención de hacer capital definitiva a Buenos Aires. Aquella política, que ha ido cada día dibujándose más y más, tuvo por punto de partida tres hechos elocuentes:

La idea de federalizar Buenos Aires.

El derrocamiento del gobierno de la Banda Oriental ayudando a Flores.

El concurso pedido al general Urquiza y cedido por éste.

Para todo el que medite un poco, los tres puntos que parecen destruirse unos a otros, debían dar las consecuencias que hemos presenciado en los seis años corridos.

Esa política necesitaba, pues, un órgano de publicidad que la sostuviera y la expandiera por toda la república; y así es como nació *La Nación Argentina*, que espera de Sarmiento exactamente lo mismo que ha hecho Mitre:

La sanción de la alianza;

Prosecución de la guerra;

Administración con los mismos hombres de Mitre;

Política del Brasil.

* El análisis a que alude este párrafo puede leerse en la nota 27 de nuestro trabajo. F.W.

La Tribuna.

En este diario hay que observar curiosas evoluciones desde su nacimiento: su propiedad, el de tres o cuatro pero formando un solo punto de mira; tiene relevos de guerrillas. Levantó la candidatura de Sarmiento contra la voluntad de la mayoría de sus propietarios, y sólo por el empeño de D. Rufino Varela que la sostuvo contra viento y marea. Los demás que forman la falange tenían otro candidato.

Esa situación interna del colega trascendió al público y hasta se repartió por las provincias bajo la especie de que Sarmiento era un candidato estafermo bajo cuya sombra estaba otro candidato preparándose para la mejor ocasión de exhibirse.

Corrió el tiempo, triunfó el candidato, y los opositores de *La Tribuna* se han reunido a la sombra de la bandera izada desde sus columnas.

Ahora *La Tribuna* quiere que Sarmiento siga la política de Mitre en lo que respecta a la guerra, pues dice, no ve otro modo de conseguir la paz.

En cuanto a la administración, *La Tribuna* quiere también un cambio provechoso; y respecto de la capital, que antes no quería en Buenos Aires, tampoco la quiere hoy en el Rosario.

En ese sentido espera también el colega, que Sarmiento haga algo decisivo, inclinándose en secreto a que no se vayan de aquí los ministros, diputados y senadores, porque desde sus columnas ha pretendido siempre hacer coacción en sus opiniones.

El Nacional.

Este colega espera que el futuro presidente prosiga la política del general Mitre en cuanto a los vínculos con el Brasil, y en cuanto a la guerra; pero no en cuanto a la política anterior que condena sin cesar.

Es sostenedor acérrimo del Imperio y de sus tendencias desde 1813 hasta la fecha, y la defiende diariamente contra todo género de ataque.

Quiere la guerra con el Paraguay por dos razones alternativas o por las dos al mismo tiempo:

Por salvar la mancha arrojada por López Solano sobre la honra argentina.

Por redimir aquel pueblo hermano esclavizado desde su nacimiento.

En cuanto a la capital definitiva de la República, ni la quiere en Buenos Aires, ni en el Rosario, ni en ninguna parte a propósito: sostiene sí que debe llevarse la Administración Nacional a un paraje situado en el desierto, a orillas de un mal arroyo y cuyo nombre Fraile Muerto sería fácil cambiar en este otro: Gobierno Muerto.

El Nacional, espera como se ve, grandes cosas de Sarmiento, pero todas dando vuelta en su programa partidario.

La Patria.

Este colega de muy reciente fundación, nació para sostener la candidatura que ha triunfado, misión que ha cumplido ampliamente.

Predicaba por su candidato, entre otras razones, porque Sarmiento venía a trabajar por la paz de que el colega es elocuente partidario.

Quiere la política más que el trabajo, busca la paz interior y exterior, la equidad de la administración, siempre que no formen parte de ella los enemigos electorales ni los amigos indiferentes de Sarmiento: por consiguiente quiere que éste gobierne con sus amigos decididos, frase que ya todo el país sabe lo que significa y que el colega con laudable franqueza ha explicado varias veces.

La Patria quiere la capital en el Rosario, lo que forma parte de su programa en atención a la cuestión solemne que significa.

[El] *Pueblo Argentino*.

Este colega pertenece en cuerpo y alma al general Urquiza. Su política general se encierra en esta frase: Guerra a la alianza con el Brasil.

Su política inmediata consiste en sostener a López Solano; y la más inmediata aún, defender a todas armas al general Urquiza, como individuo, como militar, como político, como tradición, como bandera.

Espera pues que Sarmiento, rompiendo la alianza, acate la independencia paraguaya; que sostenga al general Urquiza y a los suyos, verdadero objeto de su prédica; que se haga al Rosario capital de la República, porque cree que allí estará el poder bajo la coacción de Urquiza, así como aquí ha estado algunas veces bajo la del partido *crudo*.

La República.

Esperamos del presidente Sarmiento lo siguiente:

Obediencia digna a la opinión pública del país.

Paz interior y exterior.

Administración formada con todos los ciudadanos aptos y honorables sin distinción de partido ni círculo alguno.

Reformas de la Constitución en todos aquellos puntos que violenten el sistema federal, único posible en el país.

Doctrinas federales en las relaciones del gobierno general con los conciudadanos y los gobiernos de los estados.

Vinculación de unos estados con otros, por todos los medios al alcance del poder general.

Codificación federal.

Trabajo, libertades, seguridades, franquicias, garantías para las fronteras, para las industrias, para la inmigración, para el comercio de todo el mundo.

En este camino somos acompañados en general por el colega *Intereses Argentinos*.

Periódicos extranjeros.

Todos ellos, sin excepción de cuestión alguna, quieren la paz para trabajar, para que progrese el país, para que acabe al fin la constante alarma de la propiedad y del progreso.

Todos ellos miran en la República Argentina los elementos necesarios para formar una confederación de estados tan poderosa, rica, y

respetada como Estados Unidos; y trabajan en el sentido de conseguir esa obra grandiosa que dará a sus conciudadanos y a sus hijos un hogar tranquilo y una fortuna sólida.

El Gobierno.

¿Dará el futuro gobierno todo lo que pide la prensa? ¿Aunará tantas esperanzas?

¿Satisfará tantos deseos, sin suscitarse oposiciones sistemadas que agiten otra vez al país tantas veces sacudido?

La República, N^o 491, Buenos Aires, 1^o de setiembre de 1868.

FÉLIX WEINBERG